

MARTA FLORES

Mateo
¡QUE TE VEO!



Marta Flores
* * *

MARTA FLORES

Mateo
¡QUE TE VEO!

Primera edición.
Mateo. ¡Que te veo!
© 2020, Marta Flores.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Como cada mañana, al despertador no le dio tiempo a sonar. Si algo tenía era que me gustaba organizarme, dormir mis ocho horas, cuidarme, disfrutar de mi tiempo relajadamente y llevar una vida lo más sana posible. Eso no impedía que saliera por el pueblo algún que otro sábado y tomara una copa, pero normalmente prefería una buena comida con un vino de esos que deleitan el paladar.

Era lunes y el reloj todavía no marcaba las ocho. Yo entraba a trabajar a las diez en mi propia tienda de ropa y complementos de una firma internacional muy conocida.

Me preparé un café mientras disfrutaba de ese nuevo amanecer. Vivía en un apartamento en la otra punta de la calle principal donde tenía mi negocio, así que hacía el recorrido en bicicleta, con tacones y la mejor de mis sonrisas.

Mi apartamento era de lo más coqueto. Solo disponía de un dormitorio con vestidor, una cocina americana integrada en el salón, un baño y un precioso balcón que daba a esa calle principal.

En mi edificio vivía Mateo, el único agente inmobiliario del pueblo, digo el único pues no había ni rastro de ninguna otra agencia inmobiliaria allí. Así las cosas, él tenía el monopolio, razón por la vivía de lujo y con cualquier venta asegurada para su empresa ¿Qué le pasaba a Mateo? Pues que era el tipo más ligón de todo el lugar y no había dejado títere sin cabeza. Pocas mujeres faltaban en su lista, entre ellas yo, que no se lo estaba poniendo fácil. Es más, lo tenía imposible conmigo.

¿Qué hacía para intentar conquistarme? Pues mil cosas como el constante intento de que ambos coincidiéramos tanto en el portal como en la calle, pero yo no era tonta y lo ignoraba por completo. No me lo tomaba en serio.

Mi tienda estaba abierta de diez de la mañana a dos de la tarde y de cinco a ocho. Yo solo iba por las mañanas, ya que las tardes las tenía para mí. Contaba con esa extraordinaria posibilidad gracias a mis dos empleados de confianza, Edurne y Nicolás, cada uno con su historia.

Edurne a sus veinticinco años vivía con sus padres, pero tenía una relación seria con Ernesto, un

representante de quesos que pasaba de ella olímpicamente. Sin embargo, ella no se quería dar cuenta por mucho que le dijéramos los demás. Y es que ya se sabe aquello de que “nadie escarmienta en cabeza ajena”.

Nicolás tenía veintisiete años y se tiraba a todo lo que se le ponía en el camino, siempre que se tratara de chicos, así que era un ligón nato y tenía a todos los gays del pueblo locos por sus huesos. Ese sí que se lo sabía montar bien.

Yo era de las que pensaba que cada día te tenías que vestir y salir a la calle como si fueras a desfilas por una pasarela. Sentirme guapa y lucir impecable era mi propósito y cuidaba mucho mi imagen.

Me tomé el café y comencé a escoger la ropa que me iba a poner, así que tras tomar una ducha y maquillarme en tonos suaves, me vestí y bajé hacia el portal donde guardaba mi bicicleta en un trastero.

— Buenos días, Carola — dijo como cada mañana Mateo sonriente.

— Buenos días, Mateo — sonreí negando con la cabeza. Siempre salía de su casa cuando me escuchaba, buscaba que coincidiéramos.

— ¿Dónde comemos hoy?

— Ni hoy, ni nunca ¡Si ya lo sabes! — reí negando con la cabeza.

— ¿Tanto miedo me tienes?

— Mateo ¡Que te veo! — negué montándome en mi bicicleta y comenzando a pedalear felizmente hasta mi trabajo.

Mateo era monísimo, un cuerpo escultural, vestía de revista... Pero no, no era el típico hombre que quería en mi vida, sino más bien del estilo que arrasa con todo y luego “si te he visto, no me acuerdo”, así que yo se lo iba a poner especialmente difícil, por no decir imposible, como ya apunté antes.

Iba saludando a todos los vecinos del pueblo y los negocios hasta llegar al mío. Se respiraba un

ambiente tranquilo, me encantaba ese lugar enclavado en un rincón de Holanda.

Llegué a la tienda a las diez menos cuarto, pero mis niños ya estaban dentro, eran los mejores trabajadores del mundo. No podía estar más contenta con ellos.

— Jefa — dijo Nicolás — mira para el escaparate y comprobarás quién viene por ahí — sonreía mientras Edurne soltaba una carcajada.

— Mi madre...

— Efectivamente, la señora Leonor — dijo sin dejar de reír Edurne, ya sabían cómo era y el ratito que nos quedaba por aguantarla.

Mi madre era viuda casi desde que yo nací, así que no recuerdo a mi padre más que por fotos. A ella le quedó una buena paga de viudedad, ya que él ocupaba un cargo político importante. Por esa razón, nunca le hizo falta trabajar.

Tenía muchas relaciones que no le duraban dos telediarios, de modo que un día le pedí que no me presentara a ninguna de sus conquistas hasta que no hubieran pasado seis meses. Pero nada, ella era muy descarada y me las traía a la tienda haciendo oídos sordos a todo lo que yo le decía.

Mis niños, como yo llamaba a mis empleados, le buscaban mucho la lengua y así pasaban un rato de lo más divertido preguntándole por sus ligues y escuchándola largar de lo más feliz.

Cuando llegaba la hora del almuerzo, yo solía hacerlo en cualquiera de las terrazas que había en esa calle peatonal. Después me tomaba la tarde libre, que aprovechaba para hacer cosas en casa, ver pelis, salir de compras o quedar con mi amiga Samanta, que era pediatra, para tomar algún café y ponernos al día de todo.

Normalmente de lunes a viernes seguía la misma rutina. En cambio, los fines de semana eran más especiales, planeaba cosas y me relajaba, ya que el sábado por la mañana solo trabajaban mis empleados que, al terminar, cerraban hasta el lunes.

Tenía mi clientela fiel y a pesar de ser una tienda de marca no nos faltaban cada día buenas ventas. Contaba con la suerte de que también venían personas de los pueblos de alrededor a comprarnos. Y ello porque me anduve lista y firmé con la franquicia con la condición de que nadie pudiera

abrir en ningún pueblo aledaño, quedándome con el monopolio de la firma en treinta kilómetros a la redonda de mi pueblo.

Buenos días, Leonor —Eduarne ya estaba frotándose las manos.

Buenos días, guapa —le dio un beso.

¿Y para mí no hay beso? ¿Esta qué tipo de discriminación es? —preguntó Nicolás poniéndose delante de ella.

Para ti también, no seas quejica, anda y otro para mi hija.

Hola, mamá, ¿qué te trae por aquí?

Pues nada especial hija, quería dar una vueltecita y veros a todos.

¿Y de paso nos contarás cómo te va con tu nuevo amor? —ya estaba Nicolás sacando el capote.

Nicolás, no empecemos, que después le dan cuerda... —apunté, miedito me daba.

¿Con cuál? —enarcó las cejas mi madre, mientras pensaba —Y tú hija no seas tan tiquismiquis, que a los chicos les gusta escucharme.

Les gusta porque eres un personaje. Vamos, lo más opuesto posible a una madre convencional —reí.

¿Convencional? ¿Qué es eso? ¡Solo de escucharlo me da urticaria! Hija, hay que saber vivir la vida.

Sí, mamá, no lo dudo. Y tú de eso has hecho un máster —reí.

Hombre claro y tú deberías hacer otro, que vida no hay más que una y hay que aprovecharla a tope.

Eso, eso —añadió Nicolás.

No se os olvide a todos que día que pase, día que no vuelve. Y eso va también por ti, jovencita —miró a Edurne, pues mi madre sabía por ella lo pasota que era su novio y eso la mataba.

Al lío, Leonor, ¿qué pasó con el profesor cubano aquel? —Nicolás estaba ávido de noticias.

Nada, nada, hijo, ese fue prueba no superada. Me aburrí enseguida...

Qué raro, mamá, ¿estás segura? —me salió la vena irónica.

Denoto cierta guasita en tu voz, hija, pero bueno... A ver, os cuento, ahora me está tirando los trastos mi profesor de pilates, que está que cruje. Tiene diez años menos que yo, pero, aunque esté mal que lo diga, apenas se nota.

De eso estoy segura, ya firmaba yo por estar como tú cuando cumpliera los... —se aventuró a decir Edurne.

Ni se te ocurra seguir hablando de mi edad, niña, que la vamos a tener —mi madre no quería reconocer la que tenía ni a tiros.

Bueno, sigue contando...

Nicolás, ¿tú no tenías que arreglar aquella estantería? —señalé a una cualquiera con tal de que no le siguiera dando cuerda a mi madre.

Deja al chaval, hija, no seas aguafiestas, que a él le gusta escucharme...

Bueno, pues el caso es que hemos quedado para esta noche. Yo estoy muy emocionada, vamos a ir a cenar a un restaurante nuevo que dicen que es una maravilla. Yo creo que este va a ser el...

El amor de mi vida —coreamos los tres muertos de la risa.

Y es que esa era la tónica habitual de mi madre, que a cualquiera que conocía, lo calificaba como

tal, hasta que enseguida caía en que sus expectativas no tenían nada que ver con la realidad y daba carpetazo al asunto. Eso sí, mientras, que le quitaran lo bailado.

En los siguientes minutos llegaron varios clientes y eso hizo que la buena mujer se aburriera, por no poder darle al pico a su antojo, y se marchara, despidiéndose con la manita y amenazando con volver pronto.

La mañana fue estupenda en cuanto a ventas. Yo cada día estaba más entusiasmada con la caja, de forma que salí a almorzar con la sonrisa de oreja a oreja. Realmente consideraba tenerlo todo en la vida. Bueno, si era sincera, el amor no había llamado a mi puerta, pero como yo no tenía ninguna prisa disfrutaba de cada momento con total intensidad.

Me dirigí a la terraza de Koen, una de mis habituales. Ese chico, que era amigo mío, me parecía admirable, porque hacía dos años que se había quedado viudo y al cargo de sus dos hijos, una niña de seis años y un niño de cuatro. Otro hubiera cogido una depresión, pero él lo había llevado con mucha entereza y se organizaba como nadie.

Hola, Carola, ¿lo mismo de siempre para beber?

Hola, Koen. Lo mismo. Y le voy echando un ojo a la carta.

¿Ya he dicho que me encanta mi pueblo? Pues así es. Soy una mujer de costumbres y eso de rodearme de personas cercanas y conocer a la mayoría de las caras con las que me cruzo a diario me carga las pilas.

Me pedí un rico estofado y disfruté de las bonitas vistas mientras comía en un día en el que el sol lucía radiante.

Al entrar en el portal, lo previsible, Mateo.

¿Te ayudo con la bicicleta, Carola?

No, muchas gracias, estoy acostumbrada —sonreí.

Entonces, ¿cenamos esta noche?

No, no, si ya lo sabes...

Vaya si te estás haciendo de rogar... Mira que igual después pasa el tren y te arrepientes de no haberlo cogido —sonrió.

Deja, deja, ¿será por trenes? —era un caso, me hacía reír.

Llegué a casa y me dispuse a descansar un poco en el sofá. Como ya había estado un buen rato al aire libre, la tarde quería dedicarla a permanecer allí, organizando un poco mi vestidor. Reí pensando que quien escuchara aquello de organizar... A ver sí, estaba perfecto, pero me refiero a que quería descartar algunas prendas de esas de las que ya hacía tiempo que no me ponía.

Por la noche, cena ligerita y a la cama. Cuando despertara me esperaba otro bonito día de trabajo y es que, a decir verdad, dedicarme a la que era mi gran pasión, la moda, era una maravilla.

Capítulo 2

El martes era ese día que ya estaba restablecida del comienzo de semana y que todo marchaba más fluido, me encantaba.

Salí de mi casa y justo cuando fui a coger la bici apareció como siempre Mateo, con una rosa en sus manos.

— Buenos días, para la mujer más bonita de toda Holanda — dijo poniéndola sobre la cesta de mi bicicleta.

— Mateo, Mateo, sabes que no vas a conseguir nada — reí sacando la bici del portal y me fui ignorándolo hacia el trabajo, dejándolo sonriente.

La gente me saludaba igualmente con una sonrisa viendo la rosa bien preparada sobre la cesta de mi bici. Dado el percal, poca duda había de que Mateo era tremendo y lo peor de todo era que él pensaba que iba a conseguir algo conmigo tarde o temprano.

Paré a tomar un café en un bar que había cerca de mi negocio, aún era temprano y me gustaba tomar mi segunda dosis de cafeína allí. La chica que lo regentaba, Melisa, era de lo más simpática. Llevaba la cafetería con su novio Edwar que era escocés, se conocieron en un viaje y se trasladó a vivir al pueblo con ella.

— ¿Qué tal Carola?

— Bien, Melisa, estás guapísima con ese corte de pelo degradado.

— Tenía que hacerme algo, ya estaba aburrida de la melena recta.

— Claro, hay que innovar.

— Me vas a tener que dar clases de moda, estoy últimamente hecha un café.

— No, tienes una forma diferente de vestir, más casual, pero créeme que con un toque dulce

y personal.

— Bueno, esos son los ojos con los que me miras. Te traigo el café ¿Te preparo unas tostadas?

— Mejor un sándwich vegetal, me levanté hambrienta.

— Ahora mismo — me hizo un guiño.

Lo que me atraía de esa cafetería era que todo lo preparaban con mucha exquisitez y la terraza se ponía de lo más animada. Desde ella se divisaba el ir y venir de la gente del pueblo ocupándose de sus labores cotidianas y trabajando. Me encandilaba lo bonito que era el lugar y la vida que había en él.

Entré en la tienda y metí la bici en el almacén, pero claro, me siguieron rápidamente Edurne y Nicolás para que les explicara lo de la rosa.

— Mi vecino... — reí saliendo del trastero.

— Joder con Mateo, ya se podría fijar en mí — dijo Nicolás negando con ojos fantasiosos.

— Pues hala, ve a su inmo y te lo intestas ligar — levanté los hombros y ladeé la cabeza.

— ¿Acaso crees que no le entré más de una noche en los pubs del pueblo? ¡No hay nada que hacer! Desgraciadito soy...

— Anda, anda, tira para la caja y vamos a preparar todo que en cinco minutos abrimos.

— Mi novio solo me trae quesos — dijo Edurne causándonos una carcajada.

— Tu novio debería dejar de serlo, te lo hemos advertido en numerosas ocasiones, pero tú erre que erre — decía Nico en tono quisquilloso.

— Mi novio es un amor — le sacó la lengua haciéndole una burla.

— Tú sigue pensando eso que verás...

— ¡Chicos! Vale ya — les hice un gesto con las manos.

Si no los frenaba montaban la marimorena en un momento y a mí... ¡Me volvían loca!

A media mañana apareció el chico de la floristería con un ramo de tulipanes. Alucinados, nos miramos los tres y... ¡Bingo!

— Es para usted, señorita Carola — sonreía Matt, el repartidor.

— Y no me dirás que es de Mateo — allí nos conocíamos todos.

— Eso parece — rio.

— Pues mira, vamos a hacer una cosa, me preparas un ramo de esas rosas negras que servís para los funerales y le pones una nota mecanizada diciendo que fue un placer conocerle — la risa de mis chicos se escuchó en toda la calle y Matt apretó los dientes.

— ¿En serio?

— Toma, cincuenta euros y le pones todo lo que entre.

— Vale — se fue riendo.

— Se va a sentir muerto... — se puso la mano en la frente Edurne.

— Como está para ella — dijo con gesto de obviedad Nico.

— Venga, a atender — hice un gesto con la cara por las clientes potenciales que bicheaban la tienda.

— Le va a entrar de todo a ese hombre por el cuerpo al ver el ramo — volvió a decir Edurne mientras se iba a atender.

Ya imaginaba su cara, pero es que me daba igual. Eso de que me mandara flores y otros gestos similares no le iba a servir para nada. Como si yo no le conociera...

La mañana pasó rápida. Demasiada gente comprando y muchas clientas conocidas a las que dedicábamos un rato para charlar y atender de forma especial, como nos gustaba hacer sentir a cada una de ellas, al ser motor fundamental de nuestro negocio.

A la hora del almuerzo me fui a casa de mi madre. Solía comer con ella una o dos veces por semana y me ponía al día de su vida, a la que sacaba el máximo jugo, pero de la manera más relajada. Pieza clave de ella eran sus novietes, esos que no le duraban nada y encima se los buscaba en el pueblo. En fin, ella y sus cosas, ahora con una nueva relación que yo apostaba que no le iba a durar más de un mes, pero había que escucharla como si fuera a ser para toda la vida ¡Siempre lo mismo!

Justo antes de llamar a la puerta me encontré con su vecina Beth, una señora de unos ochenta años que era adorable, elegante, de lo más risueña y positiva. Nunca hablaba de penas ni parecía conocer el drama. A su avanzada edad, estaba estupendamente. Hacía yoga y conservaba aún esa silueta jovial que engañaba por completo. De hecho, de no ser por las arrugas de su rostro, nadie habría sospechado su edad.

Beth nunca se casó, era la enfermera del pueblo y siempre vivió sola. Decía que los hombres eran para un rato, pero que ella era muy feliz con su vida y no quería que nadie hiciera peligrar esa paz que había conseguido establecer con ella misma. Tenía razón, si vivía bien ¿Para qué quería más?

Hola, mamá, tengo un hambre feroz.

Eso está bien, hija. Lo mejor es que nosotras tenemos una genética estupenda y nos podemos permitir comer lo que queramos, dentro de unos límites.

Desde luego que razón no le faltaba a aquella mujer. Ella estaba estupenda y a su edad todavía partía cuellos en el pueblo. De joven ganó un concurso de belleza y se jactaba de ello. De hecho, todavía se seguía celebrando y se llevó toda mi adolescencia animándome a presentarme. Yo ni loca, no había heredado su alma farandulera. A ella le fascinaba el protagonismo. En eso no nos parecíamos.

Siéntate que ya tengo la comida preparada y te cuento mi cita de anoche.

Mamá, si todavía no he entrado—reí. Ya me iba a poner la cabeza como un bombo.

Calla, calla y escucha. Un caballero, es todo un caballero. Y con ese cuerpo que tiene, que parece un Adonis de esos griegos, y esa paz que inspira, porque ya sabes que quienes se dedican a esas cosas...

Pues ya verás cómo consigues sacarlo de sus casillas—me salió del alma.

Hija, desde luego, que parece que no te alegres de que me vaya bien en el amor.

Sí, mamá, pero eso será cuando se trate de amor de verdad, que esto son ligués, digas lo que digas.

¡Alto ahí! Estás muy equivocada. Esta vez es distinto. Me estoy enamorando y además es que tenemos una química en la cama...

¿En la cama? Mamá, ¿ya te has acostado con él? Pero si era tu primera cita.

¿Y qué, hija? Eso es fundamental. Saber si hay *feeling* en el sexo es una de las cuestiones clave para que una relación prospere y yo por eso procuro salir de dudas pronto.

¿Solo por eso? —fruncí el ceño.

Hombre, por eso y porque, si después no funciona, ya se ha llevado una alegría este cuerpo, que bien lo vale.

Mamá, eres de lo que no queda...

Eso por supuesto, soy un producto único. Y tú, ¿ya has aceptado salir con Mateo?

Mamá, ya sabes que ni en broma.

Si por mí hubiera sido, mi madre no se entera ni de media palabra de lo de Mateo, pero mis niños eran muy rapiditos a la hora de abrir la boca y en su día se lo contaron.

Pues no veo por qué, bien apuesto que es... Muchas se dejarían cortar un brazo por estar en tu lugar.

Pues para ellas enterito, que yo no lo quiero—le saqué la lengua.

Bueno, bueno, ya veremos, que dicen que “amores reñidos son los más queridos”.

Sí, mamá, pero es que Mateo y el amor son como el agua y el aceite, que no casan...

No será para tanto, hija...

Que te digo yo que tiene una fama de mujeriego terrorífica...

Huy, un reto, ¿no te divierte?

Ni una pizca.

Hija, qué poquito te pareces a mí.

Después de almorzar, mi madre preparó un delicioso té que nos tomamos en el exterior. La suya era una preciosa casa en las afueras del pueblo, amplia y con un maravilloso jardín lleno de flores, que eran su pasión.

Mira, mira estas, hija—me señalaba a una nueva variedad que acababa de cultivar y que era una verdadera monería.

Sí que son bonitas, mamá. Me encantan.

Ponte al lado que te voy a hacer una foto.

¿Dijo una? Buena en realidad sacó un ciento, pero se lo agradecí porque las había preciosas, alegres y coloridas.

Pon una en tu perfil de WhatsApp que hace unos días que no lo renuevas.

Pues mira, ahí tienes razón.

Permanecí un rato más con ella, de modo que ese día no recalé por casa a la hora habitual. Me

acordé de Mateo y de mi ocurrencia. La llevaba clara conmigo...

A eso de las cinco de la tarde me despedí de mi madre, cogí la bicicleta y me dirigí al centro. Había quedado para merendar con un amigo, que era diseñador y que me quería pedirme asesoramiento, pues estaba pensando en abrir un negocio en el que vender sus colecciones. Para nada iba a ser mi competencia, pues se trataba de alta costura.

Hola, Kees.

Hola, Carola. Te he visto venir de lejos y no he podido evitar tomarte esta foto, mira qué chulada.

Sí que es bonita—me había pillado avanzando en bici hacia él y desde luego que le había quedado genial.

Te la paso.

Se ve que era el día de las fotos y lo cierto es que me sentía favorecida. El buen momento personal que estaba viviendo se reflejaba en mi cara.

¿Eso son bocetos?

Claro, mira. Es la nueva colección—empezó a sacar unos bocetos maravillosos que me dejaron con la boca abierta.

Te van a hacer una escultura en medio de la plaza principal como sigas así. Cada día tienes más mano.

Eres muy amable...

No, tú eres un artista. ¿Cómo va el tema de la financiación para el local?

Te he traído mil números, te voy a volver loca...

Nada de eso, será un placer...

Pasamos la tarde mirando posibilidades y yo le aconsejé tirarse a la piscina. Mi alma era empresarial y soy de las que piensa que quien no arriesga, no gana.

Cuando terminamos, me dirigí a casa. Entré directa a darme una ducha, prepararme una cena ligera y tumbarme en el sofá, viendo algo de tele. Los párpados me empezaron a pesar y no tardé demasiado en irme a la cama.

Me encantó el tacto de aquellas sábanas que estaba estrenando. Yo era muy particular para los tejidos, deformación profesional debía ser, y aquel agradable algodón me ayudó a conciliar el sueño en un periquete.

Capítulo 3

Y sabía yo que esa mañana Mateo me iba a sorprender con algo a causa de las flores negras que le había mandado y claro, no fallé...

Salí por la puerta de mi apartamento y me encontré todo el pasillo que llevaba hasta abajo regado de pétalos de rosas negras, las mismas que yo le había enviado y que me guiaban hasta el portal del bloque en cuyo trastero tenía la bicicleta. Eso sí, ni rastro de él.

Pues sí que se había entretenido aquella mañana en preparar todo ese camino de pétalos. Ahora bien, lo iba a recoger él, yo me fui tan campante a tomar mi segundo café a la cafetería de Melisa.

Me senté ahí y... ¡Sorpresa! Apareció sonriente Mateo y me pidió permiso para sentarse conmigo. Vamos que se sentó haciendo un gesto y pidiendo a la chica que le pusiera un café solo con doble de azúcar.

— Buenos días, Mateo — sonreí con ironía.

— Buenos días, chica de los funerales ¿No había un color mejor?

— No, me dijo el encargado de la floristería que solo quedaban negras y claro, con tal de devolverte el detalle... — me encogí de hombros.

— Sí claro, como si yo no hubiera visto todo el género que tenían al ir a encargarte el ramo ¿Por qué me tratas así? — preguntó a media sonrisa con esa cara de seductor y acomodándose en la silla.

— Pero si te trato bien ¿Dónde ves que lo haga mal? — hice un ruido con mi garganta para disimular.

— He pensado en agradecimiento por ese precioso detalle invitarte a cenar el viernes a mi casa. Tengo en mente cocinar un pescado al horno que me traerán por la mañana de la ciudad.

- ¿Yo a tu casa? — lo miré como diciendo que si se había drogado.
- Somos vecinos...
- ¿Y?
- Los vecinos se invitan a comer, a un café, a una cena...
- Pero no los vecinos como tú — reí negando.
- Pero ¿cómo soy yo?
- Se dice, se cuenta, se rumorea... ¿Sigo?
- Es un pueblo y como tal abundan las malas lenguas. Te lo digo en serio — hizo como que estaba seguro de lo que decía.
- Por eso todas las chicas cuentan lo mismo...
- ¿Qué cuentan? — levantó la ceja haciéndose el tonto.
- Ligón nato, aquí te pillo, aquí te mato.
- ¿¿¿En serio??? — se hizo el sorprendido, pero conmigo no colaba.
- Totalmente.
- Bueno, me gustaría hablarlo tranquilamente durante la cena...
- No he aceptado, ni lo haré — me encogí de hombros.
- ¿No me vas a dar un voto de confianza?
- ¿Crees que te lo mereces?
- Rotundamente sí.

- Pues no — sonreí con ironía.
- Pues yo voy a preparar la cena para los dos. Te espero a las ocho y media con una botella de vino de la mejor de las cosechas y espero, deseo y confío en que aparezcas — se echó hacia atrás, ya que apareció Melisa con los cafés.
- Te vas a quedar esperando, te lo advierto...
- No lo creo, me parece una chica inteligente y capaz de hacer caso omiso a los dimes y diretes del pueblo. Te darás cuenta de que a veces las cosas no son lo que parecen.
- ¿Y crees que tengo curiosidad por descubrirlo?
- Totalmente, pero tu orgullo no te deja.
- ¿Mi orgullo? ¡Qué sabrás de mi orgullo! — reí negando.
- Pues solo hay que verlo, brilla solo... Yo te voy a esperar.
- Claro, pero en una silla ¿eh? No vaya a ser que te canses.
- No me dejarás tirado...
- Ya lo veremos — sonreí.
- Lo veremos... — me hizo un guiño — Por cierto, no sabes lo bien que cocino y lo bueno que me sale el pescado al horno.
- Y pescar y pescar — solté con dobleces.
- Eres muy mala...
- Malísima, pero no suelo caer en las redes de cualquiera — levanté los hombros ladeando la cabeza.

- ¿Y yo soy un cualquiera?
- Bueno, uno más de esos que no saben dónde poner el culo.
- Tengo una vida buena...
- Y las ideas pocas claras — reí.
- Si lo dices por el tema del corazón, puede ser que nadie tan especial como tú llegara hasta ahora a mi vida, por lo que no me planteé dejar de ser una marioneta en mano de las mujeres.
- Sobre todo, una marioneta ¡Estás fatal!
- Bueno, ahora sí que me voy. Recuerda que te espero el viernes a las ocho y media — se levantó haciéndome un guiño y dejando sobre la bandeja del ticket el dinero de los cafés.
- Gracias por la invitación.
- Es todo un placer...
- Por cierto, espero que vayas a retirar todos los pétalos si no quieres que te mate la encargada de la limpieza.
- Ya está al tanto y le di una buena propina — se fue sonriente dejándome allí con cara de incredulidad ¡Vaya morro!

Llegué a la tienda y les conté a los chicos lo de los pétalos, el café y la invitación. Me miraron con cara de no podérselo creer.

- Ese tío está loco por tus huesos...
- Nico, por mis huesos y por los de todo el pueblo, que ya lo conocemos — reí.
- Pues a mí me parece que le gustas bastante, no creo que vaya enviando flores a todas las mujeres — dijo Edurne.

— A todas no porque se le abren fácilmente — contestó de forma bruta Nico causándonos una carcajada.

— Pues yo iría a cenar.

— Pues ve tú, le pides permiso a tu novio — dije riendo.

— No, vas tú y descubres hasta dónde quiere llegar — soltó Nico casi ordenando.

— Yo no voy a ir, lo tengo claro. Ni, aunque fuera el último hombre del pueblo.

— ¿No te gusta nada? Pues yo lo veo mono.

— Mono es Eburne, pero un mujeriego de primera también. No me veo yo con alguien así ni en broma, vamos que no voy.

— Tienes hasta el viernes para pensarlo...

— No, ella no va a pensar nada, tiene que ir y punto.

— Nico, no te lo crees ni tú, pareces que no me conoces — reí.

Tenía claro que por muy atractivo que me pareciera Mateo no iría con él ni a la vuelta de la esquina. No quería ser una más en la larga lista de conquistas que llevaba acumuladas en el pueblo.

Un rato después llegó un chico que saludó a Nicolás con mucha familiaridad y lo dejó patidifuso.

¿No me conoces? Normal...

Espera, espera, ¿Vandor?

El mismo que viste y calza.

¡Yo me quedo muerto! —se notaba que Nicolás no daba crédito.

Tío, siento no haberte reconocido, pero es que...

Ni tú ni nadie...

Estás estupendo.

Pues ya ves. Vida nueva. Me decidí a salir del armario, he perdido un montón de kilos, me he metido en el gimnasio, me he puesto carillas de porcelana—abrió la boca y la tenía perfecta—Me he hecho mechas en el pelo...

Calla, calla, que me estás estresando. Bueno, bueno, estás desconocido, me has dejado loco. ¿Y qué te trae por aquí?

Pues un cambio completo de vestuario. Necesito asesoramiento y he pensado en ti. Me he llevado meses ahorrando para este día...

¿Sí? No te vas a arrepentir. Has venido al lugar correcto...

La sonrisita maléfica de Nicolás lo decía todo, su amigo iba a necesitar una carretilla para llevarse las bolsas de allí. Mi niño era un vendedor de primera y el otro se lo estaba poniendo en bandeja.

Eduarne y yo nos hartamos de reír en los momentos que nos quedamos libres, porque el chaval estuvo en la tienda por lo menos tres horas y Nicolás sin despegarse de él. A la velocidad del rayo iba a venir a los probadores, llevándole un montón de prendas y no paraba de guiñarme el ojo.

¿Algo más? —le preguntó cuando cerca de las dos se marchaba.

Como quiera algo más ya sí que voy a tener que ir a atracar a un banco—el chico parecía un perchero viviente, con mil bolsas por encima.

Bueno, ya nos veremos por ahí, ¿no? Que ahora tienes que salir mucho para lucir todo esto, que llevas un asesoramiento de diez, se te van a tirar encima—le hizo un gesto como de darle un zarpazo y el chico se partió de risa.

Eso está hecho, ahora a darlo todo...

Su amigo se despidió y Edurne y yo nos miramos perplejas.

Jefa, tienes un vendedor que no te lo mereces—me soltó Nicolás en cuanto lo perdió de vista.

Desde luego que le vendes hielo a los esquimales...

Me voy a poner a reponer que has dejado las estanterías temblando—Edurne no estaba nunca quieta.

Aquel día cambié el tercio y me fui a almorzar a la zona de la clínica donde trabajaba Samanta, con la que había quedado para almorzar. Aprovechamos que ella también tenía cambio de turno.

Anda que no tiene estilo mi amiga—se levantó a darme dos besos. Ya estaba ella sentada en la terraza.

Bueno, de eso vas tú bien servida también, guapa. Aunque te noto un poco alterada, que te conozco muy bien...

¿No voy a estar alterada? Si es que la gente es la monda. Le acabo de dar a una madre unas pruebas que certifican que su hijo es intolerante a la lactosa y me dice que eso son tonterías y que ella le va a seguir dando leche.

¿En serio?

Sí, sí, la hemos tenido.

Imagino.

A ver, yo le he dicho que como me traiga el niño con un problema por no hacerme caso,

que la denunció, pero en realidad me iba a tener que denunciar ella a mí, porque es que la cojo por el pescuezo, vamos.

Total, que la leche se la vas a dar tú a ella...

Exacto.

Samanta era todo un carácter. Iba como de chica dura, pero lo cierto es que tenía un corazón de oro y con los niños no partía peras. Era pediatra vocacional.

Sí, sí, esa no sabe lo que se está jugando, no tiene ni idea—su gesto era de cabreo total.

Anda, te voy a contar la que me está dando el Mateito de marras para que te rías un poco y se te pase el soponcio. La puse al día de todo.

¿En serio? ¿Flores negras? Por Dios que eres para chocarte—conseguí que carcajeara.

Negras como el sobaco de un grillo.

Qué pasada. ¿Y qué piensas hacer?

Pues pasar de él por completo. De mí no se va a reír, no quiero que se apunte una medallita a mi costa.

¿Y si es verdad lo que te ha dicho? ¿Y si es que únicamente no ha llegado esa persona?

Pues mientras llega y no llega, la cama la tiene repleta el tío, yo no le veo muchas ganas de buscarla.

No estoy de acuerdo. A ti sí te está buscando.

Claro y ahora yo voy y me lo creo. Me parece que lo único que tiene es que no está acostumbrado a que le digan que no y le da morbillo la situación...

¿Y a ti no te da morbillo?

¿La situación?

La situación y él, porque el tío está para mojar pan, conmigo no te quedas, no puede dejarte indiferente. ¡A otro perro con ese hueso!

Bueno, a ver, gustarme un poquillo sí que me está gustando. Sobre todo, es que me está haciendo mucha gracia que se lo curre así, pero que ese es un liante profesional, yo no me dejo enredar.

Tú tienes ganas de ir a su casa y lo sabes...

Bueno, igual un poco sí, pero tampoco para tirar cohetes.

Ve el viernes, ¿Qué puedes perder?

Nada, nada, solo la dignidad.

No seas tú tan digna y orgullosa.

¡Otra con lo del orgullo!

¿Quién más te lo dice?

Él, él...Me lo dice Mateo.

Pues por algo será...Cabezona, que eres muy cabezona.

¿Sí? ¿Y qué puedo ganar?

Pues desde un rollo con un tío que está buenísimo, hasta llegar a conocerlo y que sea el amor de tu vida, tú qué sabes, petarda...

¿Mateo el amor de mi vida? Sí hombre y yo mañana me meto a monja...

Ya eso lo veo más improbable.

Ahora en serio, ese se queda esperándome, yo no le doy el gusto...

Pues tú misma, me voy a tener que pasar yo más a menudo por tu casa, a ver si me invita a mí—bromeó.

¿Tú lo quieres? Mira que os concierdo una cita a ciegas...

De eso nada, tonti, ese cuerpazo lo vas a terminar disfrutando tú, ¿qué te juegas?

Y dale Perico al torno, ¿qué os ha entrado a todos con Mateo?

Nada, nada, ofú, cómo te pones... Por cierto, el sábado quedamos que tengo unas ganas de despejarme que no puedo con ellas. Es que lo necesito vamos, te quiero con el mejor de los caretos y con tela de ganas de pasarlo bien.

Sí, sí, no te preocupes que ya sabes que para eso soy la número uno.

Para eso y para todo, amiga, que nosotras valemos más que un potosí, ¡somos la caña!

El resto de la comida lo pasé riendo con Samanta, que era tremendamente ocurrente. Resultaba que yo no era la única que estaba siendo “acosada” pues por lo visto había un médico mayor que se había fijado en mi amiga y que hacía también todo lo posible por coincidir con ella, que siempre que lo veía salía corriendo despavorida en dirección contraria.

Es un viejo verde, te lo juro que es viejo verde, ¡me cago en su estampa! Allí donde miro está él.

Oye, ¿y si resulta que es el amor de tu vida? —bromeé por lo que ella me decía de Mateo.

No me dieran más tormento, ¿eh? Cierra el pico que anda que es igualito. Me parece a mí que Dios le da pañuelo a quien no tiene nariz. Y encima está casado el muy desgraciado, pero vamos que, como me toque las narices, un día entero a su mujer. Ya puede andarse con cuidadito.

Me reí con ganas. Samanta era una preciosidad y eso hacía que todos los ojos se posaran en ella, incluso aquellos de los que ella huía.

Pasamos juntas buena parte de la tarde y nos despedimos ya por la noche, que llegué a casa, vi un rato la tele, me asomé otro rato al balcón y no tardé en irme a dormir.

Capítulo 4

Los jueves tenían algo especial, suponían como el salto a ese extraordinario relax que me causaba el fin de semana y que me hacía sentir libre como el viento.

— Mateo ¡Que te veo!

Sabía que estaba en el rellano escondido y que iba a aparecer casi dándome un susto.

— Buenos días, señorita Carola.

— Buenos días, vecino — solté con ironía mientras cogía la bici.

— No sé cómo puedes ir con esos tacones y en bicicleta, es de admirar.

— De admirar es la lista que tienes de conquistas — negué saliendo del bloque y dirigiéndome a la cafetería.

Ese hombre es que esperaba cada día para verme o sorprenderme de alguna manera ¡Cabezón! Eso es lo que era y no se iba a salir con la suya.

Me senté en la cafetería y no tardó en aparecer como el día anterior. Le pidió un café a Melisa que ya se estaba dando cuenta de la movida y se reía negando por lo pesado que resultaba que me persiguiera cada día.

— ¿Vas a venir a tomar el café todas las mañanas?

— Claro, no puedo dejar a semejante dama sola...

— Pues anda que no estoy yo bien sola — hice un gesto con la cara.

— Pero a veces una buena compañía es el perfecto complemento...

— Para complementos los de mi tienda — reí con ironía.

- Bueno, ya mañana nos toca cenar, verás lo bien que te trato.
- ¿No me digas? ¿Por telepatía?
- No, sé que vendrás y que disfrutarás del pescado, del vino y de mi compañía.
- ¿En serio piensas que iré?
- Pues claro, vamos, no te veo tan ingrata para dejarme tirado con todo preparado.
- No soy ingrata, ya que te lo estoy advirtiendo...
- Pero ¿qué tiene de malo que vengas a cenar a mi casa?
- Nada bueno — levanté los hombros.
- ¿Y si te digo que mantendré las distancias y me comportaré de forma correcta?
- Bueno, si hicieras lo contrario te clavaría el tacón del zapato en la cabeza.
- Y harías bien, por eso espero que vayas.
- Pesadez de hombre ¡Por Dios!
- No, solo que quiero que me conozcas por mí y no por lo que se dice.
- Para eso no hace falta una cena, ya estamos tomando café...
- Pero esto no cuenta, lo hacemos con prisas, tenemos que ir a trabajar...
- Pues quince minutos de ayer, quince de hoy, más los días que aparezcas... ya te iré conociendo poco a poco. Pero vamos, que no tengo ningún interés en hacerlo.
- Eso lo tengo claro, pero yo haré que lo tengas.

- Pues muchísima suerte — me puse la mano en el pecho — la vas a necesitar.
- Estará el pescado riquísimo...
- Pues que te aproveche.
- Nos aprovechará a los dos, no te veo capaz de hacerme ese feo.
- Ya te he dicho que te estoy avisando.
- Pero ya pedí el pescado.
- Pues invita a otra, seguro que se matarían por cenar en tu casa.
- Jamás llevé a nadie a mi casa — hizo un carraspeo.
- Pues alguna tendrá que ser la primera, pero vamos que no me creo que no lo hayas hecho.
- Jamás, no meto en mi casa a cualquiera.
- Y dónde te las tiras ¿en el coche?
- No, en sus casas, en un hotel...
- Vaya, en un hotel... Pues no le veo mucho sentido teniendo una casa.
- Ya te lo he explicado. En mi casa no entra cualquiera...
- Ya me enteré — sonreí con ironía.
- Mañana a las ocho y media — puso el dinero sobre la mesa y se marchó.

La verdad es que insistente era un rato ¿Sería verdad que no había metido en su casa a nadie? ¿Y por qué iba a ser yo la primera? Bueno, no me lo terminaba de creer, pero si él lo decía...

Una mañana movidita hizo que se nos pasara volando. A primera hora nos reímos de lo lindo

cuando les conté a los chicos las hazañas de Mateo y más tarde llegaron unas clientas de la ciudad que siempre nos compraban y que nos tenían mucho cariño. Las horas transcurrieron con rapidez y cuando nos dimos cuenta era la hora del cierre.

Nos fuimos los tres a comer a un italiano al que solíamos ir una vez en semana, los invitaba yo y a ellos les encantaba.

Edurne decía que estaba muy enfadada con su novio, ya que llevaba unos días dándole largas diciendo que no podía ir a verla. Él vivía en otro pueblo y trabajaba por toda la zona, pero todos sabíamos de qué pie cojeaba y que algo estaba haciendo a sus espaldas. Ella era la única que no lo quería ver y no había forma de que lo hiciera. El palo que se iba a llevar sería monumental y eso que Nico se lo decía sin cortarse un pelo.

— Yo de ti, me iba a espiarlo. Te lo advierto, ese está con otra. Seguro, vamos— le soltaba sin piedad.

— Confío en él, sé lo que hay entre los dos — decía segura de sí misma.

— Pero Edurne, con perdón y sabes que no me meto en eso — dije con tono suave — ¿No crees que está pasando algo que se te escapa de las manos?

— No, sé cómo es él cuando está conmigo.

— ¿Y cuando no está? — preguntó Nico.

— Cuando no, está trabajando.

— Sí, hasta las once de la noche — dijo Nico resoplando.

— A veces visita bodegas a las que suministran quesos y les dan las tantas, son negocios que están abiertos hasta la madrugada.

— ¿Y por qué no te dice de ir a vivir juntos?

— Pues porque queremos comprar una casa, casarnos y hacer las cosas bien.

— Desde luego que no eres más inocente porque no entrenas — negaba sofocado ante su pasividad.

— Bueno, ya se verá — intenté calmarlos o conociendo a Nico se pondría a leerle la cartilla y hasta los prospectos de las pastillas.

Tras la comida nos despedimos hasta el día siguiente, mi último día laboral. Ellos sí trabajaban el sábado por la mañana y ya se quedaban libres hasta el lunes.

Cogí mi bicicleta y me fui hacia casa, ya podía oler a fin de semana...

Por la tarde tenía plan. Una vecina de mi bloque, Drika, acababa de ser madre de una niña, su primera hija, y me iba a acercar a conocerla. Ya le tenía un bonito regalo envuelto primorosamente desde hacía tiempo.

Toqué a su puerta y allí estaba ella, de pie, con esa ricura de bebé que daban ganas de comerse.

Pero bueno, ¿y esta cosita tan linda que ha llegado al vecindario? —la cogí en brazos.

¿Qué te parece? Es que yo pensé que necesitábamos adornarlo un poco y en vez de traer unas macetas, he traído a esta ricura—bromeaba su madre.

Desde luego que eres una valiente—tomé asiento con la peque.

Valiente, ¿y eso?

Joder, ¿te parece poco? Tener una niña tú sola—ella se había sometido a una fecundación in vitro.

Deja, deja, para mí de valientes sería haberla tenido con un tío. Ya sabes que me salieron todos rana y es que paso.

Mujer, pero no todos serán iguales...

Yo que sé, el caso es que la niña es mía y punto redondo.

Llamaron a la puerta y era su hermana, a quien yo también conocía. Otra *crack*, con veinte años y toda la gracia del mundo.

Me acabo de cruzar en las escaleras con vuestro vecino Mateo. Vaya tela, cómo está el tío —así nos saludó.

Pero niña, si podía ser tu padre—la cara de Drika era de asombro.

¿Mi padre? Con ese me daba yo el revolcón del siglo, no he visto un madurito más interesante en mi vida. Y dicen que tiene tela, vamos que le vale hasta una escoba con falda.

Sí, algo he escuchado—solté. Si ellas supieran...

Al rato me fui para casa acordándome de esas palabras. Claro que sí, hombre, mi instinto no fallaba. A Mateo le valían todas y yo no iba a entrar en su juego. ¡Solo faltaba que encima se enterara el bloque al completo! El colmo... Vamos, que no... Que yo pasaba de él.

Con ese mismo pensamiento me acosté por la noche. Lo cierto es que sería más fácil rehusar su invitación si no estuviera tan bueno, pero qué se iba a hacer... Tocaba ser fuerte y mantenerme en mi sitio. ¿No decían que era orgullosa y cabezona? Pues eso...

Capítulo 5

Y llegó San Viernes, ese día que se iba a comer Mateo el pescado solo...

Bajé a sabiendas de que me lo encontraría, pero no, sorprendentemente ni rastro de él. Pensé que aparecería por la cafetería, era obvio.

Melisa me miró sonriente y me dijo que si le ponía un café a Mateo.

— No, recemos porque hoy no venga — solté una carcajada.

— Se le ve muy interesado por ti...

— Ya, como lo estuvo por todo el pueblo.

— Bueno, pero jamás lo vi insistir tanto a nadie.

— Será porque soy la única que se lo está poniendo todo negro.

— ¿Irás a esa cena? — otra que me decía lo mismo, estaba claro que se había enterado de su insistencia porque fuera a cenar a su casa.

— ¡Ni de coña!

— Mujer, trabaja, relájate en casa y luego ve. Total, es en el mismo portal, no le hagas eso.

— Yo no le estoy haciendo nada, le dejé bien claro que no iría.

— Pero no haces mal en ir...

— Ni tampoco bien.

— Si yo fuera tú iría.

— Ya, pues pide permiso a tu marido y apareces a las ocho y media.

— No, yo ya con él tengo bastante y me sobra — rio marchándose a coger mi café.

En realidad, no entendía cómo Mateo se ganaba la simpatía de todos. Yo lo veía bien claro, mujeriego deseoso de probar otra piel a la que aún no había tenido acceso y no, no se lo iba a permitir, mucho menos poner en bandeja.

Desayuné extrañada por no haberlo visto aparecer ese día en el que se suponía que debería de estar nervioso por la cita que yo le había negado. Bueno, seguro que alguna complicación le hizo acudir al trabajo más temprano o vete tú a saber...

Llegué a la tienda y allí tenía a mis chicos esperando para que les contara con qué me había sorprendido esa mañana. Pero nada, se llevaron un chasco al comprobar que no había dado señales de vida, el mismo que se les pasó rápido, ya que a las doce de la mañana ocurrió lo inesperado.

— Joder, mira quién entra por las puertas — dijo Nico provocando que levantara la cabeza y me topara con Mateo que venía derecho hacia donde yo estaba.

— Buenas tardes, Mateo, un placer verlo por mi tienda — dije con ironía sonriendo ampliamente.

— Pues mira, me agrada que así sea. Venía buscando algún polo y pantalones, ya sabes que soy un maniático de las firmas y esta me encanta.

— Pues sí, además que, como esta, no hay ninguna. Sígueme...

Le estuve enseñando prendas y algún que otro complemento como correas, gorras...

Iba poniendo a un lado todo lo que le gustaba. A última hora imaginaba que se decantaría por algunas, pero no veáis si me hizo sacar prendas. Él se las probaba y salía del vestidor sonriente para que yo le diera mi aprobación. Eso sí, sería totalmente sincera y solo le aconsejaría lo que verdaderamente le favoreciera.

— Me lo llevo todo — dijo señalando a lo que había ido poniendo a un lado.

- ¿Te tocó la primitiva? — pregunté sonriendo.
- No, pero vendí una casa que me proporcionará unos años de paz. La comisión fue la más suculenta que he recibido en mi vida.
- Vaya, te felicito — dije cogiendo todas las prendas y llevándolas hacia la caja, él me seguía detrás.
- Entonces esta noche...
- Ya sabes que no iré — reí.
- Ni por todo esto que te estoy comprando...
- Bueno, no te puse una pistola en la sien.
- Pero me lo merezco...
- Claro que te mereces todos estos caprichos — iba pasando cada prenda por el lector y las iba colocando en las bolsas de papel.
- Sabes a lo que me refiero — me decía casi implorando.
- Sabes que no voy a ir, así que no seas pesado...
- Deberías darme la oportunidad de la cena, sabes que me portaré bien y que lo que quiero es que nos conozcamos más como vecinos...
- Son seiscientos setenta y nueve euros — le puse las bolsas delante — La gorra te la regalo yo.
- Joder, no me lo esperaba, en el fondo me cuidas.
- ¡Para que veas!

— Y encima esta noche vas a cenar conmigo — metió su tarjeta en el datáfono.

— No, no voy a cenar — reí.

— Yo te voy a esperar — metió su pin y salió el ticket.

— Hasta otro día y gracias por todo — se lo di.

— A las ocho y media... — se giró para irse.

— Que te vaya bien la cena — dije riendo.

Nico y Edurne vinieron hacia mí riendo.

— Vaya cliente más bueno — soltó Nico.

— Se merece que vayas a cenar...

— Edurne, que no voy a ir, tenlo claro.

— Pues no lo entiendo — saltó Nico — Ni que te hubiera pedido sexo.

— Hombre, eso no va a ser tan descarado de pedírmelo, pero tengo claro que después de la cena vendría el buscarlo...

— Pues con no dárselo...

— Edurne, no voy a ir y tú Nico, como hables, te hincó el boli en el ojo — dije riendo.

— Yo me callo, pero te digo desde ya que la gente que no lo intenta es la que pierde.

— No quiero ganar nada — puse el dedo en mi boca para que se callara.

— Bueno, espero que mañana, ya que no trabajas, te pases a contarnos si al final fuiste o no. Solo te pido eso.

— Pesado eres, hijo de mi vida — resoplé.

— No, solo que estoy convencido de que cambiaras de opinión.

— ¿Eres adivino?

— No sabes hasta qué punto — dijo cogiendo sus cosas para marcharnos.

— Pues no soy de esas que cambian fácilmente de opinión.

— Ya lo veremos... — dijo echando la llave a la puerta.

Y nada, que todo el mundo se había empeñado en que debía ir. No entendía ese afán cuando conocían el historial de Mateo, que era de todo menos impecable en cuestión de mujeres.

Cogí la bici y me fui para mi casa, por fin llegó el ansiado fin de semana y ya hasta el lunes era libre...

Me tumbé en el sofá y pensé que Mateo estaría expectante por el tema de si yo acudiría o no a la cena. Por mi parte estaba decidido, no iba a ir, para qué jugar con fuego.

Me quedé dormida un rato y me desperté a eso de las seis de la tarde. Abrí el ordenador y me puse a revisar algunos mails de trabajo, cara a la semana siguiente. No era algo que me resultara pesado, solo mirar propuestas, tomar algunas decisiones sencillas... Listo en veinte minutos.

Me asomé al balcón y comprobé que la tarde estaba espléndida. Algo debía hacer, pues ya había llegado el fin de semana y no era plan de quedarme metida en casa, de eso nada.

Mientras sí y mientras no, tomé una ducha y me arreglé el pelo. Tenía fama de llevar siempre mi melena rubia impecable. Bueno, la melena y cualquier aspecto de mi físico. Yo no bajaba ni a por el pan si no iba de punta en blanco, esa era la realidad.

Pensé en diversas posibilidades, pero si era sincera había una que me llamaba mucho más la atención que el resto. Por mucho que lo negara me apetecía ir a cenar a casa de Mateo.

Le estuve dando varias vueltas en mi cabeza y lo que más me echaba para atrás era el hecho de que tantas veces le había dicho que no iría que en ese momento me daba hasta corte. Después pensé en el consejo de todo mi entorno. ¿Y si me dejaba seguir por las señales y me colaba allí y punto?

Eran las siete y media de la tarde. Todavía tenía una hora por delante para pensar. Al final me vi en el vestidor eligiendo un atuendo cómodo, pero monísimo de la muerte, eso por supuesto. A lo tonto, a lo tonto, ya lo tenía decidido. Iba a ir. A ver, que era todo lo contrario a lo que había mantenido hasta el momento, sí, pero que era lo que me pedía el cuerpo, pues también.

A las ocho y media, estaba tocando en la puerta de su casa, con aquellos leggins *push up* que me sentaban genial y una camiseta ideal que me había traído de mi última escapada a París que, al ser la capital de la moda, era una ciudad que yo solía visitar asiduamente.

Buenas noches, preciosa. Te estaba esperando con el corazón palpitante—me abrió la puerta de par en par.

Menos cachondeo, que todavía me doy la vuelta y te quedas aquí solo como la una—la risa en mi cara.

Mujer, no creo que fueras tan cruel de ponerme la miel en los labios para arrebatármela de forma súbita—la ironía en la suya.

Yo de ti no ponía la mano en el fuego, que no sabes lo impulsiva que soy. Además, no creo que sufieras más tiempo del que tardaras en marcar cualquier número de tu “chorbaagenda”.

¿De mí qué? —Pero ¿tú qué te has creído que soy yo? ¿Un Don Juan moderno?

Mira, lo de moderno no te lo voy a negar. Se ve en tu forma de vestir y en tu casa, que es una monería.

Y lo era. En el bloque había pisos de diferentes tamaños y el suyo tenía un dormitorio más que el mío y todas las estancias más amplias. Incluso su balcón también resultaba bastante más grande.

Gracias, ya sabes que soy un hombre con buen gusto.

Sí, sí, hasta ahí de acuerdo—en eso lo había clavado, por tal razón estaba allí mi persona.

Sin duda, detallista era un rato largo. La mesa estaba de dulce. Las copas preparadas para servir el vino y el pescado, que estaba metido en el horno, aromatizaba todo el piso.

Me invitó a pasar con él a la cocina. Estaba perfecto con aquellos vaqueros que le hacían un culito respingón irresistible y con una camiseta blanca ajustada que marcaba todos sus pectorales.

Me alegra saber que al final has pensado que no es tan fiero el león como lo pintan—dijo a modo de brindis cuando nos hubimos sentado en la mesa.

Bueno, supongo que no hay nada de malo en aceptar cenar con un vecino. Otra cosa sería crearme expectativas a raíz de esa cena, que ya puedo asegurarte que no es el caso—
Maléfica, así podría haberme llamado quien viera mi sonrisa.

Ya, ya, no vaya a ser que al final te quedes prendada del hombre del saco.

¿Prendada? No digas tonterías. Sin ánimo de ser grosera, a mí no me van los hombres como tú, por bien que cocinen, a todo esto...

Ya habíamos empezado a comer y el pescado estaba de matrícula de honor. Lo cortés no quitaba lo valiente...

Ya, ya, veo que me conoces muy bien.

Lo suficiente para saber que como hombre no te tocaría ni con un palo.

¡Qué romántico! —ironizó.

No creo que me vayas a dar tú clases de romanticismo. Perdona que te lo diga, pero no me pareces el prototipo de hombre romántico.

Ains, vecinita, ¡cuántas cosas tienes que aprender sobre mí!

Dime alguna, anda, sorpréndeme—lo reté.

Pues mira, para tu información yo no soy el típico picaflor que no desee sentar la cabeza.

Pues para la tuya te digo que lo disimulas perfectamente.

Ya, pero esas son conjeturas.

Explícate entonces, este es tu momento—le indiqué que tenía las antenas puestas.

Aunque no lo creas yo también me he sentido utilizado por las mujeres en muchos momentos de mi vida.

Pobre víctima, de esta me haces llorar—le saqué la lengua.

¡Eres un bicho! —rio.

Sí, pero un bicho muy atractivo, no lo olvides.

Eso no lo pongo en duda. Tan atractivo como para invitarte a mi casa.

Sí, sí, sobre eso ya me contarás. Ve al grano, ¿qué te ha pasado otras veces?

Pues mira, desde encontrarme con mujeres que han querido aprovecharse de mí, hasta otras que, sin llegar a ese punto, exigían sin ton ni son, queriendo ir demasiado rápido en la relación, no dejando que las cosas fluyeran con naturalidad.

Y tú muertecito de miedo—yo a la yugular, en mi línea.

No es eso, pero estarás conmigo en que a ninguno nos gusta sentirnos presionados.

Vale, eso es cierto, no te voy a mentir...

Pues eso, yo soy libre, pero jamás he engañado a nadie. No encontrarás ninguna mujer por ahí que pueda decirte que le he regalado el oído con falsas promesas.

A mí sí me lo regalas un poquito.

Pero porque tú eres distinta.

Y ahora es el momento en el que yo voy y me lo creo.

Eres mala conmigo...

Mira, tú te has ganado el título y tú te lo quedas, a mí no me vengas con cuentos chinos.

Mira que eres durita de pelar...

No lo sabes tú bien.

Vale, yo lo único que te pido es que por favor no me huyas, que me dejes mostrarte cómo soy realmente, más allá de los malintencionados comentarios de la gente. Piénsalo.

Carola. No te estoy pidiendo que nos vayamos a la cama, si es eso lo que temes.

¿Temer? No, créeme cuando te digo que estoy segura de que no me voy a ir contigo a la cama, ni hoy, ni mañana, ni nunca—procuraba transmitir seguridad.

Aquel juegucillo me estaba resultando muy gracioso. En el fondo no sabía por qué se empeñaba en querer limpiar tanto su imagen conmigo. Lo mismo se le representaba que conquistarme era un trofeo, ¡estábamos apañados!

Eso sí, reírme me reí un rato largo con él. Mateo era divertidísimo y contaba unas anécdotas que me hacían desternillar. Además, se mostró de lo más atento en todo momento. Yo, no obstante, estaba un poco alerta y tampoco quería sacar demasiado los pies del tiesto con él, no fuera a ser que mi cercanía le confundiera. Total, que, pese a no tener ganas de marcharme, a las doce me levanté de la silla como si me hubiesen puesto un cohete en el culo.

Dime por favor que ahora no te pasa como a La Cenicienta—se notaba que tampoco tenía ganas de que me fuera.

Para nada, pues quedarte totalmente tranquilo. Yo no he venido en carroza, sino a pata, que para eso somos vecinos—le di dos besos.

Te veo pronto, lo he pasado fenomenal.

Yo también lo he pasado muy bien, gracias por todo.

¿Te acompaño?

¿Al rellano de mi escalera? Ni en broma, solo falta que nos convirtamos en la comidilla de la comunidad. Vamos, que ni loca.

Me sigues temiendo...

Bueno, ya menos, pero así, apartadito, mejor—hice un gesto que provocó su risa.

Subí y, mientras me cepillaba los dientes, no podía evitar aquella risilla tonta en mi cara. La noche había molado mucho. A decir verdad, se veía que Mateo era un chico estupendo, pero su fama le precedía y ahí residía el problema. Yo no podría fiarme de él por mucho que quisiera, así que como vecinos y amigos ya íbamos sobrados.

Capítulo 6

Las nueve de la mañana y ya estaba con mi café en la mano, distendida por mi día de relax y sabedora de que esa noche saldría con mi amiga. Me encantaban los sábados...

El timbre de la puerta sonó y me quedé un poco pillada, pues no esperaba a nadie.

— Buenos días, Mateo — levanté la ceja extrañada.

— Buenos días, vecina. Verás, es que se me estropeó la máquina del café y me preguntaba si me invitabas a uno...

— Anda que no tienes tu mundo recorrido, pasa — reí.

— De verdad, ahora en un rato iré a comprar otra. No puedo vivir sin la máquina de cápsulas.

— Ni yo ¿Tostadas?

— Si las vas a comer tú, entonces sí.

— Claro, además me las tomo con el segundo café, así que ahora iba a ello.

— ¿Y cómo se te presenta el día?

— Pues relajada, ahora me pasaré por la tienda a saludar, iré a comprar el pan y por la noche saldré con Samanta.

— Buen plan ¿eh?

— ¿Y los tuyos? Aunque conociéndote saldrás todos los sábados.

— Sí, lo que pasa que yo voy a la zona de las naves, pero esta noche precisamente iba a salir por el pueblo.

- Suerte la mía — dije con ironía.
- Lo mismo os caen a vosotras algunos cubatas gratis...
- No te preocupes, nos encanta pagar — reí poniéndole el café.
- Bueno, eso significa que me estás dando largas de nuevo.
- ¿De nuevo?
- Como con la cena...
- Anda que no tuviste suerte de que fuera — me iba quemando con la tostadora y él me hizo un gesto de que tuviera cuidado — Como que me pones nerviosa.
- Eso es que voy por el buen camino.
- Pues no sé de qué camino hablas, el de tu casa cuando salgas de aquí en todo caso.
- Pocos metros...
- No me lo recuerdes — reí sentándome en la mesa de la cocina con él.
- Y tu madre ¿qué tal?
- Esa es otra, ahora resulta que tiene nuevo novio.
- Y luego dices que yo... — volteó los ojos.
- No, si lo extraño es que no os hayáis liado.
- Cierto que tu madre vale lo suyo, pero prefiero a la hija.
- Pues la llevas clara — reí negando.

— Bueno, torres más altas cayeron...

— Tienes mucha fe.

— Cuando admiro algo, me gusta luchar por ello.

— Pues más vale que te compres unos guantes de boxeo porque lo tienes jodido.

— No lo veo así...

— Benditos tus ojos que te engañan.

Si he de ser honesta se las estaba ingeniando para meterse en mi vida, pero no, no lo iba a tener fácil. Es más, lo iba a tener verdaderamente jodido.

Tras el desayuno nos despedimos y me preparé para salir un rato a la calle. Lo primero que hice fue aparecer por la tienda para poner al tanto a mis chicos de que había cenado con él. Sabía que les iba a gustar, así que fui con el cotilleo y los volví locos de contentos. Me hicieron contar todo tipo de detalles, eran tremendos.

De allí salí como una bala, ya que había muchos clientes y no los quería entretener. Estaba feo hacerlos esperar, así que me fui a por el pan y de paso vería a Chloe que trabajaba los fines de semana en la panadería.

Chloe era la mujer de un primo mío, de lo más simpática y divertida, tenía una niña llamada Esther que era una monería. Con cinco años era mi locura, le hacía regalos y muchos domingos me iba a por ella para llevarla al parque o a alguna hamburguesería.

Luego fui a una tienda de ropa que me encantaba. A pesar de tener la mía no iba a ir siempre vestida de la misma marca, me gustaba ser más especial, lucir prendas muy llamativas y bonitas. Era la tonta de la moda, vivía para ella.

Me volví a encontrar en el portal de casa a Mateo que venía con la máquina de café nueva en la mano. Me sorprendió, pues al final era verdad y no una excusa como pensé, aunque se podría haber ido a desayunar a una cafetería, así que seguía siendo igual de sospechoso.

Me intentó convencer para que comiera en su casa, pero ya le advertí que ni majara lo iba a hacer, que no se acostumbrara a lo bueno, que luego le cogería el gusto y me veía en su casa de forma permanente, hasta que se aburriera de mí claro, como de todas.

— Esta noche os pagaré alguna ronda cuando os vea — me advirtió antes de que yo entrara a mi casa.

— Deberías quedarte en casa relajado, es buen día para descansar.

— ¿Tú me lo dices?

— Yo tengo la obligación de mi cita semanal con mi amiga — me encogí de hombros.

— Y yo de velar porque no os falte de nada — dijo mientras yo entraba a mi casa negando.

Insistente era el chaval, para qué nos íbamos a engañar, pero vamos que eso no evitaba que siguiera pensando en el cartel de mujeriego que llevaba a sus espaldas y que se había ganado a pulso destrozando tantos corazones. No obstante, debía admitir que me causaba gracia esa insistencia por su parte.

Me cambié de ropa y comencé a preparar la comida. Me apetecían unos filetes a la plancha con verduras, así que había aprovechado para comprarlos en el mercado y cocinarlos mientras escuchaba música y me preparaba para esa noche de fiesta que tanta ansia me producía ¿Sería por saber que nos buscaría Mateo? Solo esperaba que mi subconsciente no me traicionara, con él no, no quería ser una más de su larga lista de conquistas.

Comí pensando en esa posibilidad que quería eliminar de mi cabeza, pero no había forma. Ya tenía que asumir contundentemente que no era el tipo de hombre al que yo había aspirado desde joven.

Tras el almuerzo me eché en el sofá a descansar. Tocaba siesta y reponer fuerzas para la noche. Era sábado y mi cuerpo lo sabía.

Y allá íbamos Samanta y yo, cogidas del brazo y camino de los pubs habituales del centro, ¿para qué perder costumbre si en ellos nos lo pasábamos de muerte?

Modestia aparte, las dos éramos de lo más conocidas en el pueblo y normalmente solíamos tener una legión de chicos deseosos de hacernos compañía. Yo iba muerta de la risa y mi amiga me miraba de reojo.

Tú te vas a quedar con otra, pero conmigo no. Estás feliz de la vida, gamberra y eso es porque estás deseando que aparezca Mateo.

¿Yo?

No, mi prima la de Edimburgo, ¡no te jode! A ti te va el rollo y no lo censuro, ¿eh? Te entiendo perfectamente, si hubiera sido yo, ya habríamos partido la cama.

Madre mía, que eres la finura personificada.

Mira hay cosas que no precisan tanta finura, déjate de leches. El tío está más bueno que una cucharada de Nutella, lo tuyo te tiene que estar costando resistirte.

Que no mujer, que tampoco estoy loca por saltarle encima...

Ya, ya, qué mal disimulas hija mía, si fueras actriz ibas a pasar un hambre canina.

Bueno estaba, no solo tenía que luchar contra mí para mantenerme en mis trece, sino que parecía que tenía que demostrárselo al resto. Pasamos al lado de un coche lleno de chicos y nos dijeron que nos querían meter de todo, menos miedo. Vamos, el colmo de la elegancia.

¿No te fastidia los niñatos esos? ¿Nos habrán visto pinta de fulanas? —reí.

No y definitivamente no—sentenció Samanta—Tienes tu pinta de siempre, es decir, de pija, pija y yo no es por nada, pero también voy que soy un primor.

Y lo éramos, con nuestras sandalias altas y aquellos vestiditos entallados que nos hacían un tipo de infarto. Pasamos por un escaparate y el reflejo me hizo constatar que mi amiga tenía razón, ¡menudas curvas se nos veían! Eso sí, con estilo y glamur hasta más no poder. ¡Benditos sábados!

Llevaríamos como una media hora en aquel primer pub en el que ya nos habíamos deshecho de

unas cuantas moscas cojoneras que pretendían atosigarnos cuando llegó Mateo, con una preciosa camisa rosa que me sonaba bastante.

¡Ahí viene el tío y vaya estilo que trae! —me dio un codazo Samanta.

¿Me lo dices o me lo cuentas? La camisa se la he venido yo...

Asquerosa, ¿es que tienes que ver con todo lo bueno? —me sacó la lengua.

¿Te he preguntado ya por tu viejo verde? —la piqué un poco.

¿Te puedes ir un poco a la mierda? —me contestó.

¿De qué habláis, preciosidades? —llegó a nuestra altura y nos dio dos besos a cada una—
¿De mí?

Pero vamos a ver chaval, ¿tú te crees que eres el ombligo del mundo? Estamos hablando de un pretendiente que le ha salido a mi amiga.

No me extraña, si es que lo que no sé es lo que hacen dos chicas como vosotras sin compañía. ¿Y va a venir ese chico?

No, no, ese tiene un pie en el geriátrico—soltó ella con sorna.

¿Cómo?

Nada, nada, que ni hay pretendiente ni nada, que son cosas de tu vecina, que está muy graciosa últimamente.

¿Estás de buen humor? —preguntó con mucho interés.

Va a ser que sí.

¿Y tengo yo algo que ver?

Y dale, no eres engreído ni nada, un mojón es lo que tienes que ver con eso. ¿No ves que

soy una persona risueña por naturaleza?

Sí, bueno la sonrisa la tienes preciosa, igual que el resto, pero yo mejor me callo, que luego te cagas de miedo.

¿Qué me cago yo de miedo? ¿Oye tú vienes con ganas de guerra?

Qué va, ni de coña. Yo prefiero hacer el amor—me guiñó el ojo.

Pues mira, el pub está lleno de posibles candidatas, aunque seguramente ya hayas catado al ochenta por ciento.

Claro, a ellas y a sus madres, ¿de verdad te crees todo lo que te cuentan?

Es que piensa mal y acertarás.

¿Vais a estar con la misma cancioncita toda la noche o es solo hasta que yo me aburra? — se partía de risa Samanta.

Tienes razón, vamos a fumar la pipa de la paz por esta noche, que es sábado—lo miré y es que me atravesaba con aquellos ojazos y encima estaba lo de esa sonrisa tan bonita.

Yo ya te he dicho lo del amor, pero prefiero no repetirlo no vaya a ser que me estampes una copa en la cabeza.

Puede ser, puede ser...

Y hablando de copas, veo medio vacías las vuestras, voy por una ronda...

Se fue a pedir.

Carola, ¿a qué estás esperando? Si es que es monísimo y a mí me da que está totalmente por ti.

Pues a mí me da que eso iban a ser dos noches y a la que hiciera tres iba a estar otra vez por todo el pueblo.

Así me gusta, la presunción de inocencia por delante. Tía, ¿por qué no le das un voto de confianza? A mí me parece súper buen chaval.

Si yo no digo que sea malo, pero mujeriego como él solo, y yo paso de quedarme pillada y después sufrir como una idiota.

¿Y quién quita que haya cambiado?

No me lo creo—le hice una burla.

¿Y esa burla? Ahí venía el otro que mejor bailaba, o sea, Mateo, con las copas... Y casi que era en sentido literal porque fue ponerse a bailar y todas las chicas del local babear.

Lo estábamos pasando de muerte, bailando todo loailable, Mateo en el centro y mi amiga y yo dándolo todo, hasta que ya algunos chicos empezaron a sacarla a bailar a ella y él aprovechaba para acercarse un poco más.

¡Que corra el aire! —le decía yo.

Joder, tú me dices hasta dónde puedo acercarme y yo lo marco con una tiza, que a este paso me pegas.

No podía reírme más. Mi amiga iba y venía, a ratos con Mateo y conmigo y a ratos se apartaba para bailar y charlar con más gente. Cada vez que ella estaba con nosotros, él aprovechaba para pedir otra ronda.

Por mucho que me emborraches no vas a lograr nada de mí—solté cuando ya estaba un tanto achispadilla.

No pretendo eso—se mordió el labio y me recorrió un escalofrío, ¿por qué tenía que ser tan atractivo?

¿Y entonces?

Lo que pretendo de ti espero que me lo des sin necesidad de haber bebido, en tu sano

juicio y cuando confíes en mí.

Pues entonces cuando las ranas críen pelos—carcajeé, poniendo la mano en su hombro.

¡Mala eres conmigo!

Fue una noche sensacional. Mateo estuvo con nosotras hasta cerrar el local, momento en el que acompañamos a Samanta y luego nos fuimos los dos para nuestro bloque.

¿Quieres quedarte a dormir? —señaló a la puerta de su piso.

¡Vete a tomar por saco! —fue lo que me salió y entré en mi apartamento doblada de la risa. Lo cierto es que llevaba una cogorza como un piano. A duras penas me desmaquillé y caí a plomo en la cama.

Capítulo 7

Tenía una resaca que me hacía sentir como si me estuvieran dando con una vara constantemente en la cabeza.

No podía con el dolor y me tuve que levantar a tomar una pastilla con un café, me sentía fatal ¡Con lo que me gustaba cuidarme!

La culpa de todo la tenía mi vecino que se empeñó en pedir ronda tras ronda. No habíamos acabado una cuando ya teníamos otra, como para sacarlo todos los sábados con nosotras, nos mataba en un mes.

Un rato después ya estaba mejor. Me había tomado dos zumos de naranja, dos cafés y una tostada gigante, eso creo que fue lo que me hizo volver un poco a ser yo, pero el malestar lo tenía en el cuerpo.

Me tumbé un rato en el sofá y el timbre me despertó. Miré el móvil y marcaba las dos de la tarde, era Mateo, lo iba a matar.

Cuando abrí la puerta lo vi sonriente.

— ¿Qué te pasa? ¿No tienes jaqueca?

— Tampoco bebimos tanto — reía — Venía a decirte que hice una lasaña de carne que me salió de película. Tengo la mesa preparada.

— Joder, la primera vez que me vas a convencer a la primera.

— ¡Suerte la mía! Te espero en casa.

Mirad, me venía bien, para qué mentir. Primero, porque no tenía plan de comida y el hambre volvía a apoderarse de mí; segundo, porque no tenía ganas de romperme el coco y tercero, porque necesitaba que todo me lo pusieran por delante ese día ¿Resultado? Me cambié y me fui a casa de mi vecino.

Me abrió su puerta y tenía música italiana puesta, Eros Ramazzotti, a juego con la comida que había hecho.

— ¿Te volviste italiano?

— Por ti me vuelvo alemán si hace falta.

— Por mí te puedes volver gay y liarte con Nico.

— Lo que me faltaba para que me pusieran un segundo cartel — rio.

— ¿Vino?

— ¿Quién dijo miedo?

— Ah no, a mí me pones un refresco sin azúcar, yo no me meto alcohol hoy ni muerta.

— Tus deseos son órdenes para mí...

— No me seas zalamero ¿Eh?

— Te intento cuidar...

— Ya sé cuidarme sola — sonreí con ironía.

— Pues creo que hoy te estoy cuidando yo — sacó una porción de lasaña para servir en mi plato.

— Gracias — me referí a la comida — Lo de hoy es porque has tenido la suerte de que no soy persona.

— Iré a buscarte cada sábado y cada domingo te cuidaré así.

— Tampoco hace falta tanto empeño.

- No te dejas querer...
- Para eso tengo a mi madre.
- Pero es diferente...
- No te creas, igual de pesada que tú más o menos.
- Vaya, pensé que no te parecía pesado — dijo con sarcasmo.
- Un poquito... — dije con ironía.
- He comprado unos dulces para la merienda.
- ¿Piensas que me voy a quedar todo el día aquí?
- Ya dormiste la siesta antes de comer.
- Esos eran los penaltis — resoplé jugando.
- No me dirás que te gusta el fútbol — dijo emocionado.
- ¡Ni en broma! — reí.
- Vaya, te había visto más diosa aún.
- Baja el tono que te conozco, Mateo — reí.
- Bueno, pero los dulces nos lo comemos...
- Está riquísima la lasaña, debo ser sincera — obvié lo de los dulces.
- Puedo ser tu cocinero oficial.
- No, da igual, con lo que me prepara mi madre y con lo que yo me hago, voy bien — sonreí con amplitud.

- Deberías probar más comidas más, no querrías volver a cocinar en tu vida.
- Mira, sería placentero, pero prefiero seguir cocinándome a que lo hagas tú.
- No me tienes cariño...
- Digamos que aprecio y date con un canto en los dientes, que no te mereces tanto.
- ¿Por los chismes de la gente?
- Porque te los has ganado a pulso y lo sabes.
- Vaya y yo pensando que era buena persona...
- No digo que no lo seas, pero en el tema de las mujeres...
- No me vas a quitar el sambenito.
- Ni, aunque volvieras a nacer lo perderías.
- Todas pasaron por mi vida antes que tú, ahora soy un hombre con el objetivo de conquistar a una sola mujer.
- Sí, claro y yo que me lo creo.
- Deberías...
- Ya, ya — negué riendo.

La comida estaba para chuparse los dedos, hasta repetí ración y eso que yo miraba mucho las calorías que le metía a mi cuerpo, pero entre la resaca y el sabor tan delicioso que tenía, me estaba permitiendo un capricho.

Nos quedamos charlando en la sobremesa hasta llegar a esos dulces que, dado que los había comprado con la ilusión de comerlos conmigo, no quería hacerle el feo.

Mateo era una persona con la que podías hablar de cualquier tema. Se mostraba educado, correcto, no parecía en ningún momento un cazador en busca de su presa. Todo lo contrario, era gracioso y por eso acepté pasar con él ese día, aparte de que la resaca me había obligado a ello.

Cada vez iba tomando más conciencia de que era una persona muy culta, que tenía mucho conocimiento general sobre los temas más diversos y que las conversaciones con él se hacían amenas y muy enriquecedoras. Eso me gustaba mucho, ya que yo alababa esas virtudes en un hombre. Lástima que este fuera un Don Juan con mucha labia y alma conquistadora.

Tras la merienda me despedí de él y me fui a mi casa. Volví a echarme en el sofá, ya que no podía con mi vida. Además, estaba pensando en ir a cenar a casa de mi madre y ya terminar el día con alguien que me lo volviera a poner todo por delante. Sí, me sentía realmente floja y con ganas de mimos.

Me podría haber quedado en casa de Mateo, ya que me dijo de ver una película y luego pedir cena de la calle, pero no, ya estaba bien y le había regalado muchas horas de ese domingo que ni él se esperaba. Había cumplido por una buena temporada. Vamos que, bien visto, había hecho la buena obra del mes aceptando su invitación ¡Que no se quejara!

Estaba aquella tarde más vaga que el fango. No tenía fuerzas ni para echar viento y eso que la comida de Mateo me había reconfortado, ese estaba intentando ganar puntos por la vía rápida.

Eché un vistazo a las redes sociales y vi que una amiga de toda la vida acababa de comprometerse. Aparecía en las fotos de lo más feliz con su futuro marido. Me hizo mucha gracia porque recordé que en la época del instituto ese chico también tenía fama de gustarle tela una falda y ahí aparecía de lo más formalito. ¿Cambiaría la gente? No, no tenía yo mucha fe en eso.

Seguí echando un vistazo. Lo que vi, la otra cara de la moneda, una cliente que se llevaba a matar con el marido y al que le ponía más cuernos que a un ciervo y que allí estaba proclamando su amor a los cuatro vientos. ¿Se podía ser más cínica?

Llamaron a la puerta y era mi vecina Drika, que venía con el bebé.

¿A qué debo el honor? —le pregunté.

Mi hermana, que ha tenido un percance con el coche. No le ha pasado nada, pero mis padres no están en la ciudad. ¿Podrías hacerte cargo de la niña un par de horas?

Por supuesto, pero desde ya te advierto que no he dado un biberón en mi vida.

No hay problema. Los niños no vienen con manual de instrucciones.

Ah, ¿no? —me encogí de hombros.

No, ya verás lo bien que te apañas.

Y sí, tenía razón. Fue una tarde distinta, con la peque, y lo del biberón no se me dio mal del todo. Iba a resultar que una valía igual para un roto que para un descosido. A la vuelta, mi vecina estaba más que agradecida y vino con sushi.

Necesito algo de vida social, ¿me invitas a quedarme un rato?

Por supuesto.

Entró y me comentó los pormenores de su nueva vida con la peque. Constaté que en la comunidad no debían haberse percatado de que Mateo tonteaba conmigo, pues era así y no yo con él, ¿o también? El caso es que Drika no tenía ni idea, porque de haberlo sabido, me lo hubiera comentado.

Tras la cena se fueron y yo me dispuse a descansar para enfrentar el lunes con la mejor actitud posible. Lo bueno era que no me costaba nada hacerlo porque me encantaba ir a trabajar a esa tienda que había supuesto la culminación de mi sueño.

Al final caí en la cuenta de que no había ido a ver a mi madre, pero igualmente no cociné.

Capítulo 8

Nuevo comienzo de semana ¿Qué me depararía? ¿Estaría en el portal? ¿Me mandaría algo? ¿Aparecería por la cafetería? ¿Por la tienda? Y yo haciéndome esas preguntas, al final me iba a ir la marcha y todo.

Me puse unos *leggings* vaqueros con unos tacones en rojo, al igual que la camiseta de tirantes anchos y buen escote, a conjunto con mis labios, que iban radiantes, así que estaba de lo más guapa y... ¿Radiante para él?

No, no podía pensar así, pues iría en contra de todo lo que argumentaba días atrás. Además, que no, que no podía ser. Quitá, quitá que luego me duraría una semana y pasaría a formar parte de su lista ¡Ni loca!

Cogí mi bici y ni rastro de Mateo, así que me tocaba comprobar si estaba en la cafetería...

— Buenos días, preciosa.

— Buenos días, Melisa.

— ¿Y la cena...?

— Calla — me puse las manos en la cara riendo.

— ¿¿¿Fuiste??? — preguntó emocionada.

— Fui...

— ¿¿¿Y??? —

— No pienses mal que no pasó nada. Eso sí, el domingo cocinó para mí y compró dulces para la merienda.

— ¡Te está ganando!

— A pasos agigantados, pero esto lo tengo que frenar.

— No seas tonta, no tiene por qué ser igual con todas. Además, no le hizo nada malo a ninguna mujer, solo que le duraron dos asaltos.

— Lo que le duraría yo — reí.

— Espera te traigo el café que ya veo que me lo puso mi marido en la barra — rio.

No tardó en venir sonriendo.

— Pues a mí me encanta Mateo para ti, haríais una pareja espectacular.

— Ni de coña — reí.

— Mujer, debes dejarte llevar más y, si no, una alegría que te llevas para el cuerpo.

— Sí, claro, para alegrías ya me las doy yo sola.

— Desde luego, no me seas antigua...

— No soy antigua, pero tampoco me voy con cualquiera.

— Él no es cualquiera — resopló poniendo los ojos en blanco.

— Ya, pero sí un mujeriego...

— Lo mismo dejó de serlo — se fue negando con la cabeza a atender una mesa.

No negaba que yo era cabezona, pero esa idea de formar parte de una lista como que no me gustaba y mucho menos ser una más. Yo quería ser especial, no pasar por la vida de alguien sin pena ni gloria.

Entré en la tienda con los chicos que me estaban haciendo un interrogatorio digno de un prestigioso abogado. No les quedó nada por preguntar cuando supieron que el sábado Mateo había

estado de fiesta con nosotras y que el domingo me había preparado una lasaña y comprado dulces para la merienda.

A media mañana apareció el dueño de la joyería más importante del pueblo. Había tres, pero la suya llevaba abierta toda la vida, aparte de ser la más exclusiva.

— Carola, adquirieron esto para regalártelo y me pidieron que te lo trajera.

— Vaya — mi cara era un poema. No podía salir de mi asombro y veía cómo los chicos me miraban emocionados — Gracias.

— Que lo disfrutes — dijo dejando el regalo sobre el mostrador y se marchó.

— Alucina, de flores a joyas ¡Viva Mateo! — aplaudía emocionado Nico.

— Ábrelo — decía nerviosa Edurne.

— No me lo puedo creer — dije riendo, negando.

Había una nota dentro de la bolsita que contenía el regalo.

“Contando las horas para volver a almorzar o cenar contigo...”

— Joder qué arte tiene el tío — decía Nico poniéndome de lo más nerviosa.

— Calla, que te lo comes...

— Qué antipática eres, con lo bonito que es que te regalen cosas...

— Nico, calla — reí abriendo el papel, era una caja cuadrada grandecita.

Un reloj de una marca prestigiosa, precioso, elegante y moderno, de aluminio y con la esfera en rosa brillante, la numeración en gris, con manillas...una auténtica joya.

— Joder, uno así no me lo regaló mi novio en la vida — dijo Edurne alucinando.

- Tu novio pasa de ti ¡Que no te enteras!
- Porque lo digas tú — le sacó el dedo.
- Bueno, chicos, haya paz. De todas formas, esto me dejó fuera de juego.
- Ahora no me dirás que a todas les hace regalos así... — decía Nico encogiendo los hombros.
- Bueno eso no se sabe — reí.
- ¡Venga ya! No eres más cruel porque no entrenas.
- No soy cruel, soy realista.
- Yo pienso que el chico se merece una oportunidad — dijo Edurne con su tono dulce.
- Pues lo que pienso yo es que es una estrategia para meterme en su bolsillo. Y en su cama de paso.
- Pues no lo veo así.
- Edurne, tú eres muy romántica y tienes muy poca maldad.
- Y tú mucha, más de la cuenta, con el pedazo de detalle que tuvo el chiquillo — decía Nico defendiéndolo cada vez más.
- Bueno, a atender, que aún queda una hora.

El regalo me había dejado obnubilada, no lo esperaba, me lo coloqué en la muñeca y me pareció una cucada de lo más fina ¿Cómo se le podía haber ocurrido algo así?

Me lo dejé puesto, por supuesto que estaba agradecida y emocionada con ello, Mateo me estaba ganando por momentos. Esa era la realidad que yo no quería asumir por nada del mundo pero que tenía frente a mí y lo peor de todo es que ese día no lo había visto y como que tenía esa penilla dentro ¿Me estaba enamorando? Por Dios, que mi corazón no me fallara de esa manera. Aquello

no podía ni debía suceder, no podía ser Mateo el hombre que me hiciera sufrir.

Hasta la salida estuve devanándome los sesos con aquel regalo. Una parte de mí me decía que ese tipo de gestos no lo había tenido con el resto de las mujeres que pasaron por su vida. De lo contrario, con lo pequeño que era el pueblo me hubiera enterado, así que eso me hacía sentir especial, como ser la única que hubiera pisado su casa. Al final iba a ser verdad que su mala fama no era cierta ¡Me estaba volviendo loca!

Al cierre los chicos no dejaban de bromear sobre ello. Me dieron ganas de darles con el bolso en la cabeza. Me estaban volviendo majara y el colmo era que creía estar volviéndome así realmente por Mateo.

Salí y fui a almorzar a casa de mi madre. Por el camino no podía dejar de mirar ese precioso reloj en mi muñeca. Me sentaba fenomenal. ¡Sí que tenía gusto ese hombre! ¡Y para todo!

Llegué y ella, que era muy observadora, no tardó en reparar en aquel reloj que lucía yo en la muñeca.

Hija, ¿y ese reloj? No te lo había visto antes.

Mamá, ¿tú ya has pensado en eso que te he propuesto algunas veces? —bromeé.

Cariño, me coges fuera de juego, ¿a qué te refieres?

A lo de meterte a detective, es que estás en todo.

¡Anda que no tienes guasa! Suelta prenda, anda, que estoy deseando escuchar...

A ver mamá, es un regalo.

¿De mi futuro yerno?

¿De qué hablas? —me puso un exquisito zumo de naranja natural en la mano mientras daba el último toque a su guiso.

¡De Mateo! Tengo un palpito: ese va a ser mi yerno.

Mamá, ¿te has fumado algo?

¿Qué apostamos?

Lo que quieras, porque vas a perder.

Yo creo que esta vez nos ha llegado a las dos el amor al mismo tiempo, ¿no te parece?

Lo que me parece es eso mamá, que has fumado algo o que te han drogado.

Sí, sí, tú riete, pero nos veo a las dos avanzando hacia el altar juntas. Mira, mira, se me está poniendo la carne de gallina.

Y a mí, mamá y a mí, pero por motivos distintos.

Hija, ¡qué poco romántica!

Realista, mamá, realista, que os tengo que explicar lo mismo a todos.

Pues yo le estoy proponiendo a mi novio que nos hagamos un buen viaje el mes que viene. Vamos, que ya voy a ir buscando billetes.

¿Ya es tu novio?

Pues claro, hija. ¿Qué iba a ser si no?

Ya, ya... ¿Y dónde quieres ir?

Me da igual el destino. Lo único que deseo es una escapada romántica con él—se puso la mano en el pecho.

Y las clases de teatro, ¿para cuándo, mamá?

Niña, no te rías de tu madre. ¿Sabes lo que te digo? Que hoy mismo voy a reservar billetes para irme a algún sitio con él.

Muy bien mamá, pero si puedes dejar su identidad en blanco mejor...

¿Qué estás insinuando?

Nada, nada, es por aquello de si al final de aquí a entonces ya tu novio es otro...

¡Servilletazo que te llevaste! —me tiró con una servilleta de esas gruesas de buena calidad que hasta pesan.

¡Mamá!

¡Merecido lo tienes, por no creer en el amor!

Me terminé riendo mucho con ella y con su relato romántico de cómo iba a vivir esa relación. Después de comer me dirigí hacia casa.

No me pareció la mejor hora para ir a la de Mateo, ya iría más tarde. Concretamente, probé suerte a media tarde y, ¡allí estaba!

Abrió con esa preciosa sonrisa en su cara.

¿A qué debo este honor? —se hizo el tonto, se le daba muy bien.

No tenías por qué haberlo hecho, pero muchas gracias—señalé a mi muñeca.

Ya lo sé, pero si ha servido para que vengas hasta aquí a dárme las y ver esa sonrisa tan bonita, no me cabe duda de que ha sido una idea estupenda. ¿Te tomas un café conmigo?

Claro...—pasé.

Entré y de nuevo sentí el confort que desprendía su hogar, nada que ver con otras casas un tanto dejadillas que tenían algunos de mis amigos solteros. En la de Mateo todo estaba pulcro y perfecto, por no hablar de aquella decoración que tanto saltaba a la vista.

¿Cómo te ha ido el día? —me preguntó al poner la humeante taza en mi mano.

Tenía que reconocer que, visto así, detallista e interesándome por mis cosas, perdía un poco de fuerza la idea de que fuera un Casanova de pacotilla, pero el lobo también podía disfrazarse de cordero, ¿o no?

Muy bien, me quedé realmente sorprendida al abrir tu regalo.

¿Real o gratamente?

Gratamente, por supuesto. Es una preciosidad y muy de mi estilo. Veo que ya me vas conociendo un poco.

Y más que quiero conocerte, que voy a conocerte...

¿Estás seguro de eso? —otra vez esa mirada tan penetrante y mi piel erizada.

Totalmente, porque no pienso cejar en mi empeño. Tengo un propósito contigo y no voy a parar hasta conseguirlo. Quiero ir ganándote poco a poco, Carola.

¿Y en qué momento terminarás tachándome de tu lista de conquistas?

No hay lista y lo sabes, ni ningún propósito oculto, preciosa. No eres para mí un trofeo, eres una persona a la que deseo con toda mi alma conquistar.

Bueno, bueno, eso ya lo veremos—noté que la taza me empezaba a temblar un poco en la mano.

Y es que Mateo me ponía muy nerviosa en las distancias cortas. No podía evitar sentir una mezcla de deseo y pavor por si no había verdad en sus palabras. ¿Me iba a volver loca? No sabía a qué carta quedar...

Cuéntame algo más de tu día—ya volvía a hacerlo, volvía a interesarse. ¡Y estaba sentado tan cerca de mí!

Pues nada, después de salir de trabajar he ido a ver a la loquilla de mi madre y me he tenido que reír mucho con ella.

¿Sí? Me tengo que ganar a mi futura suegra.

¿Qué dices? —poco sabía él que ya la tenía en el bote. Era su fan número uno.

Lo que oyes...

Tira, anda. Oye, y tu día, ¿qué tal?

Genial, están produciéndose muchas compras y ventas en esta zona, el mercado inmobiliario se está moviendo cantidad.

Bueno, te veo creando un imperio...

Sí, un imperio de la nada—rio—No, mujer, no es eso, pero desde luego que no me quejo.

Contra todo pronóstico y aunque tenía un aire cien por cien atrayente y un puntito chulillo innato, Mateo no era ningún engreído. Por el contrario, era un tipo trabajador que había sabido explotar un rentable negocio y que sabía disfrutar de la vida.

Insistió en que me quedara y en invitarme a cenar, pero me pareció excesivo para un día de entre semana. De hecho, antes de que me quisiera dar cuenta había pasado dos horas en su casa, en las que las risas y el buen rollo habían sido las notas dominantes.

Mientras cenaba algo ligero en casa, antes de irme a dormir, pensé que cada vez nos sentíamos más sueltos el uno con el otro. Es más, sentados en ese sofá en el que habíamos tomado café, sus carnosos labios venían a mis ojos una y otra vez. ¿Nos besaríamos en algún momento? Un súbito calor recorrió mi cuerpo de arriba abajo. ¡Estaba tan bueno!

El mismo pensamiento fue el que me asaltó a la hora de dormir. ¿Qué estaba haciendo Mateo conmigo? ¿Era algún tipo de brujería? Cerraba los ojos y veía su atractiva cara. ¡Cielo santo con lo tranquila que estaba yo antes! Sin embargo, tenía que reconocer que mi vida era mucho más divertida desde que él estaba intentando romper a martillazos la barrera que yo había levantado entre ambos.

Capítulo 9

Martes por la mañana, un saltito más en la semana.

¿Qué me depararía ese día? Con verlo me conformaba... ¿Con verlo? Pero ¿cómo podía pensar así? ¿Qué me estaba pasando? ¡La estaba liando!

Salí en bicicleta hasta la cafetería de Melisa, de manera que la iba a poner al día.

Le enseñé el reloj en mi muñeca.

— Es precioso — la agarró — ¿Es nuevo?

— Me lo regalaron ayer — puse cara de resignación.

— ¡No!

— Si — afirmé riendo.

— ¿Y tú me dices que no eres especial? ¿Desde cuándo Mateo se va dejando un riñón por una mujer? ¡Está loco por ti!

— Bueno, bueno, tampoco exageremos.

— Pero ¿cómo no lo ves?

— A ver, me está demostrando que interés tiene por mí, pero no sé...

— A ver, alma de cántaro, ese hombre está haciendo todo lo...

Me giré y ahí estaba dirigiéndose hacia mi mesa sonriente, nos saludó y se sentó. Melisa entró riendo a por los dos cafés.

— Buenos días — le dije negando mientras reía.

- Buenos días, hoy te iba a mandar una joya, pero pensé que me salía más barato invitarte a tomar café — bromeó volteando los ojos.
- No te tienes que gastar dinero en mí, ya te lo dije.
- Lo hago con mucha felicidad, me gusta verlo ahora sobre tu muñeca — miró al reloj.
- Bueno, pero que no se repita — advertí riendo.
- ¿Dejarás que te prepare otra cena el viernes?
- Bueno, bueno, ya me estás haciendo chantaje emocional.
- Me encantaría que cedieras a la primera...
- El domingo lo hice — me encogí de hombros.
- Estabas de resaca y sin ganas de moverte — puso cara de súplica.
- Está bien, te lo has ganado, iré a cenar...
- No te como a besos porque entonces no irás, pero me has puesto muy contento.
- Ni se te ocurra que te doy una patada en el culo que no te querrás acercar más a mí — dije riendo, señalándole con el dedo.
- Está bien, ni se me ocurriría — volteó los ojos.

Melisa nos trajo los cafés y estuvimos charlando un rato sobre nuestros trabajos. A continuación, pagó y nos fuimos, así que ya tenía el chisme de la mañana para mis chicos que me esperaban expectantes y como ellos decían, con ganas de capítulo de telenovela.

Ninguno de los dos se podía creer que hubiera accedido a la primera a cenar con Mateo el viernes, pero era así, lo había hecho y estaba feliz por ello. No podía explicarme que pudiera quedarme tan pancha, pero estaba claro que me había ganado por goleada y yo... Yo me quería

dejar llevar por esa sensación tan bonita que me estaba causando. Si me estampaba, pues mala suerte, pero ya era demasiado tarde para negar lo evidente y es que me gustaba tela y quería pasar con él todos los momentos que pudiera.

Esa mañana salí de la tienda al mercado. Me hacían falta cosas y quería aprovechar un hueco más tranquilo para hacer la compra, así que por el camino pensé en preparar algo e invitar a cenar a Mateo. Se lo había ganado y tenía que ser un poco espléndida con él.

Pasé por su inmobiliaria antes de volver a mi tienda con la compra. Al verme salió sonriente.

— Me preguntaba si te apetecía cenar esta noche...

— ¡Sí! — dijo sin dejarme terminar la frase.

— Bueno, pero tendrás que saber qué — reí.

— Lo que sea, me lo como si es contigo — me dio un pellizco en la mejilla y el contacto de sus dedos con mi rostro me hizo sonrojar.

— Pues será una ensalada de pasta con langostinos y salsa rosa...

— ¡Ahora sí que me has convencido!

— Tendrás morro — reí.

— En serio, muchas gracias por acordarte de mí, me alegraste el día.

— Bueno, tú también has tenido muchos detalles conmigo, es hora de que yo me deje caer un poco

— Te lo agradezco...

— Deja de agradecermelo — puse los ojos en blanco.

— Salgo de aquí a las ocho... Ayer estuve antes en casa de casualidad.

— Cuando quieras, en casa estaré. Me voy que todavía me queda una hora de trabajo y me escapé al mercado.

— Ya veo ¿Quieres que te ayude?

— ¡No! — reí — No pesan.

— Hasta entonces — me dio un beso en la mejilla y salió riendo hacia dentro corriendo.

Me hizo mucha gracia ese gesto y... ¡Ese beso! No lo podía negar.

Les conté de nuevo a los chicos que se quedaron flipando. Ya me veían más animada con el tema y sabían que entre nosotros se estaba cocinando algo. Era la verdad, ya no podía dar marcha atrás y negarlo más, era una tontería obviar lo evidente, solo quedaba una opción, dejar que todo fluyera...

Me marché a casa de mi madre a comer. Sí, no era habitual que lo hiciera dos días seguidos, pero me apeteció contarle, después de la charla que habíamos tenido el día anterior. se puso de lo más contenta. Incluso estaba tan animada que me tomé menos a broma también lo suyo, ¿y si de verdad le llegaba el amor?

Mi madre estaba que aplaudía, parecía que fuera ella la que tenía la cena esa noche. Me puso la cabeza como un bombo, la culpa era mía, si sabía cómo era para que le decía nada...

Hasta que no me fui no paró de decir cosas sobre Mateo ¿Pues no parecía que era ella la que se estaba comenzando a ilusionar? Mi madre era muy intensa para todo, tanto para lo suyo como para lo mío, pero en el fondo era la mejor madre del mundo.

Me fui hacia casa con la bici y la compra en la cesta, al llegar sonreí, estaba muy emocionada e ilusionada con la cena de esa noche con Mateo, para ser martes era todo un planazo, encima yo iba a ir a cenar a su casa el viernes, la semana pintaba muy pero que muy bien.

Después de colocar todo me eché en el sofá quería descansar un rato aunque tenía unos nervios de esos tontos que me hacían reír sola, fantasear con él y con un montón de escenas que se sucedían en mi cabeza, yo ya sabía lo que me estaba pasando y lo peor de todo, me estaba gustando

sentirme así.

A las ocho y cuarto ya estaba Mateo en la puerta y, en su mano, una botella de un vino de categoría.

No tenías por qué hacerlo—señalé al vino. Ya esa frase se estaba haciendo típica entre nosotros.

Sabes que para mí es un placer.

Gracias.

Aunque nada comparado con el hecho de que me hayas sorprendido así hoy—me dio otro beso en la mejilla que volvió a saberme a gloria.

Has llegado pronto—salí por la tangente.

Claro, con un plan así por delante, ¿no pretenderías que perdiera el tiempo? No quiero desaprovechar ni un minuto que pueda pasar a tu lado.

¿Eres tan zalamero con todas o es un privilegio que reservas para darme coba a mí? — bromeé.

Deja ya de hablar de “todas” anda, yo aquí no veo a nadie más. Estamos solos tú y yo...

Hombre, es que hacerlo en toda mi cara, eso ya sí sería tener una jeta de marca mayor...

Ni delante ni detrás, ¿cómo puedo demostrarte que solo te quiero a ti en mi vida?

Me quedé pensando, yo solita me había metido en el atolladero, ahora tocaba salir.

Bueno, no voy a negarte que vas por buen camino, pero no te emociones, ¿eh?

¡Bien! —hizo un gesto con su mano de lo más gracioso. ¡Si es que era muy expresivo! No parecía faltarle nada. Bueno sí, una cosa, que de verdad echara formalidad.

Tu casa también me encanta y esa ensalada huele que es una auténtica delicia. Hace juego contigo—sonrió.

¿No me digas? —tamborileé mis uñas en la encimera. Nerviosa si me ponían esos comentarios que tanto me gustaban.

Te lo digo. Si ya eres buena cocinera, voy a tener que buscarte el fallo con lupa.

Anda, anda. Abre el vino.

Sirvió dos copas mientras yo le daba los últimos toques a la ensalada.

Brindemos por muchas cenas improvisadas o concertadas, me da exactamente igual...

Choqué mi copa con la suya. No tenía nada que objetar. Si me hacía la remolona al respecto, se me iba a ver mucho el plumero y es que me temía que ya se me estuviera notando demasiado que me gustaba.

¿Y tus chicos? ¿Qué dicen de todo esto? —me preguntaba por Edurne y Nico.

Pues ellos están encantados, así que te advierto una cosa, espero que esto no sea una maniobra orquestada para llevarme al huerto porque me vas a dejar fatal.

Sabes que no, preciosa.

Eso espero, repito, porque los dos lo están viviendo como una telenovela, menuda expectación estás despertando en ellos.

¿Y eso?

Porque yo soy muy celosa de mi vida privada y es la primera vez que estoy compartiendo algo así con ambos, abiertamente y sin tapujos.

Eso quiere decir que ya voy llegando a ese corazoncillo tuyo tan inaccesible.

¡Para el carro! No vayas tú tan rapidito. Eso quiere decir solo que el tema me resulta

gracioso y que reconozco que te lo curras mucho conmigo.

Lo que se traduce en que tengo posibilidades y lo sabes—carcajeó.

¡Anda que no tienes tú tablas!

No me hacen falta, contigo quiero ser totalmente transparente, que puedas ver en todo momento lo que pienso...

¡No sé si eso me interesa! —reí—Sabe Dios lo que pasará por tu mente.

¡No seas loca! Ya sabes a lo que me refiero, me encantaría que de verdad pudieras ver que mis intenciones para contigo son buenas.

¿Y en qué se traducen?

Ya lo sabes, en que quiero conquistarte, en que eres esa persona con la que vale la pena compartir la vida.

¿De verdad que no tienes fiebre? Puedo ir por el termómetro si quieres—me levanté e hice como que iba a por él.

Siéntate anda—al decir esas palabras posó por unos segundos su mano sobre la mía.

Caí en la cuenta de que era la primera vez que tenía un gesto que ya sí denotaba gran acercamiento y mis mejillas debieron teñirse de rojo, pues me noté tan complacida como momentáneamente sofocada. Me senté y procuré desviar el tema, ¿se me habría notado mucho?

Capítulo 10

Ese miércoles ya veía la vida de otro color. Inclusive a Mateo lo miraba de desde otro prisma. Era muy buena persona con un cartel que sí, se había ganado a pulso, pero era libre y no le hacía daño a nadie. Además, lo cierto era que jamás había hecho una falsa promesa a una mujer. Distinto era que ellas solas se hubieran ilusionado con una historia que no iría más allá de pasar un buen rato.

Aquella mañana me llevé otra grata sorpresa. Todo el bloque llenó de *post its* con mensajes de piropos tales como “guapa”, “bonita”, “te amo”, “te adoro”, “confía en mí”, “eres lo que siempre soñé” ¡Me moría! Y lo peor de todo era que le tocaba recoger a la limpiadora ¿O no?

Pues no, los quité uno por uno y fui formando como un bloc. Me los llevaba de recuerdo, cosas así no pasaban todos los días.

Cogí mi bici y me fui hacia la cafetería. Se lo conté a Melisa a la vez que le enseñaba papel por papel y ella se ponía las manos en la boca.

— No me lo puedo creer.

— Yo me quedé igual que tú — reí.

— Ese hombre te adora...

— Creo que sí, espero que no se le pase rápido.

— Yo creo que no, debes ser todo eso que él siempre esperó.

— Bueno, anda que no me saliste romántica — reí.

— ¿Pero no lo ves?

— Algo veo, pero no quiero ser tan soñadora como tú, aún lo tengo en cuarentena.

— Pues es un amor, qué quieres que te diga...

— Puede que lo sea — reí.

Me puso el café y me lo tomé relajadamente, pensando en lo que me estaba sucediendo, en él, en esos detalles que estaba teniendo conmigo y en esos momentos que me estaba regalando.

Los chicos en la tienda alucinaron al ver los *post its* con esos mensajes. Yo se los enseñaba sin dejar de poder sonreír, pues esa la reacción que provocaba Mateo en mí en ese instante.

— A mí me hacen eso y me muero de amor...

— Hija, pues como sigas con el de los quesos te vas a comer lo que yo sé.

— No seas bruto, Nico — protesté.

— Da igual, yo paso de él — volteó los ojos.

— Pues no sé qué harías sin mí — dijo con aires de superioridad Nico.

— Pues lo mismo que llevo haciendo toda mi vida — ladeó la cabeza.

— Si seguís así, no os vuelvo a contar ni enseñar nada — advertí.

— Es él que me busca.

— Ya sabemos cómo es — resoplé.

— Eso y encima dirás que no tengo razón — protestó Nico.

— Pero es su vida ¡Que haga lo que quiera!

— Pues por ejemplo dejar a su novio.

— ¡Nico! — volteé los ojos y Edurne negó riendo como pasando de él.

Vale que el novio de Edurne era para echarle a comer aparte ¿Pero quienes éramos nosotros para decirle con quién debía o no estar? Estaba claro que ya le habíamos soltado siempre lo que pensábamos. Si ella lo veía de otra forma era su vida y no se podía estar siempre bromeando sobre ello de la manera que lo hacía Nico, que de acuerdo que era desde la confianza y el cariño, pero a veces no tenía freno.

Casi a la hora del cierre apareció Mateo, negué sonriendo, mirando cómo entraba a la tienda.

— ¡Vivan los hombres románticos! — gritó Nico sin pensarlo produciendo una sonrisa en Mateo y en mí una mirada de quererlo matar.

— Se hace lo que se puede por la persona que merece la pena — respondió sin dejar de mirarme.

— No le hagas caso — volteé los ojos.

— No dijo nada malo — lo miró sonriendo, levantando la ceja.

— ¿Lo ves? Tuvo que venir el chico a defenderme — hizo Nico una mueca.

— Venía porque la freiduría nueva se inauguró hace un rato. Si os apetece os invito a los tres a comer, tiene una terraza espectacular.

— ¡Me apunto! — gritó Nico.

— Y yo — dijo con timidez Edurne.

— Pues no me voy a quedar en tierra — sonreí.

Yo temía a Nico más que a un vendaval, ni más ni menos, pero esperaba que se comportara, aunque conociéndolo...

— Entonces Mateo, ¿Te gusta mi jefa? — preguntó cuando nos sentamos en aquella terraza que estaba de lo más animada.

— ¡Nico! — resoplé negando para no matarlo.

— ¿Qué? No es malo, si te mandó hasta flores a la tienda, que no nos chupamos el dedo.

— Claro que sí — decía riendo Mateo.

— Yo me callo que siempre cobro — dijo Edurne.

— Mejor, tú déjame a mí.

— Nico, o te callas o te juro que te comes las croquetas por las orejas.

— Lástima que no por otro lado — dijo produciendo una risa en todos.

Mateo era muy caballeroso, pero tenía tal sentido del humor que al final le buscaba más la lengua a Nico, ese que nos dio el almuerzo y se quedaba tan pancho. Sin embargo, Edurne me miraba ruborizada sin saber qué hacer ante los comentarios de nuestro amigo. Yo le guiñaba el ojo para que se quedara tranquila.

Tras el almuerzo vino el café. Como los chicos trabajaban por la tarde nos quedamos con ellos hasta que llegó la hora, luego me despedí de Mateo que me recordó lo de la cita del viernes ¡Ni que se me hubiera olvidado!

Cogí la bicicleta y me fui a mi casa. Estaba feliz por esa sorpresa que nos dio al invitarnos a comer. Lo vi como un gesto muy bonito conmigo y con mis compañeros, eso decía mucho de él y a mí... A mí se me estaba cayendo la baba por todos lados, no podía ser más feliz en esos momentos.

Llegué a casa y, partiendo de la base de que el día estaba increíblemente bueno, me apetecía cualquier cosa menos quedarme allí, de modo que cogí el teléfono y le dije a Samanta que teníamos que vernos.

Una hora después estábamos sentadas en una terraza del centro del pueblo y yo poniéndola al día de la marcha de los acontecimientos.

¿Lo ves, tonti? Te dije que había cambiado. Es un auténtico amor.

Espero que sí, porque me tiene atontada. Se lo pido al universo, vamos...

¿Y a ti? ¿Cómo te van las cosas?

Pues mira, también tengo algo que contarte. Resulta que ha llegado al hospital un chico español que me mola.

¿En serio? Bien calladito que lo tenías.

No, hace solo dos días que lo conozco, pero esta mañana nos hemos tomado un café y ha surgido la posibilidad de salir a tomar algo, ir al cine, a bailar o lo que sea.

¿De ti o de él?

Pues casi fue de los dos a la vez. Es muy mono, un par de años más joven que yo, pero ya sabes que me van los yogurines.

¡Eso tiene buena pinta! Bueno, pero entonces tendrás que elegir, ¿no? Si el yogurín o ese amor maduro que te tiene prendada.

¿El viejo verde? Ni me lo recuerdes. Ahora, que ya me conoces, me lo he quitado de encima, pero bien.

¿Y eso?

Pues que ayer me dio la murga más de la cuenta. Ya me lo encontraba hasta en la sopa y un rato antes de la salida noté que me tiraba la caña descaradamente.

¿Y qué hiciste?

Primero aguantar las arcadas y segundo... ¡Es que fue el karma! Te lo prometo. Vamos que no fui yo...

Al saber la que habrás liado...

Es que fue muy bueno. Te lo cuento...

Pues mira, el tío estaba ahí, pico, pala, intentando llevarme a su terreno cuando le sonó el teléfono y era su mujer. Me había dicho también eso, que le gustaría conocerme y tomar algo conmigo fuera del hospital. Total, que fue genial, porque cuando escuché que era ella puse una voz súper melosa y le dije por detrás “sí, cariño, si ya estaba deseando que me lo pidieras. Yo también estoy loca por conocerte más a fondo”. Y me fui.

¿Y él?

Pálido como la cera, ya te puedes imaginar. Lo dije lo suficientemente fuerte como para que ella se enterara, así que debió darle la del pulpo cuando llegara a su casa.

¡Toma ya! ¿Y hoy lo has visto?

Sí, sí, y ni me ha mirado. Asunto resuelto.

Y el español ¿cómo se llama?

Se llama Carlos y está como un queso. A ese me lo ligo fijo...

Bueno, bueno, al final vamos a estar la mar de entretenidas las dos...

De allí nos fuimos a dar un buen paseo. Sonó mi teléfono y era mi madre, ávida de noticias. Le comenté que la llamaba por la noche, ¡qué ajeteo!

Con Samanta la diversión estaba asegurada. De repente me propuso ir a buscar unas sandalias que necesitaba para la boda de una compañera, a la que estaba invitada. Por el camino me iba contando toda clase de chismes del hospital, elucubrando sobre su posible relación con Carlos y casi que componiéndome la vida al completo con Mateo.

Tú no vayas tan deprisa que nos estamos conociendo.

¡Claro! Y te crees tú que cuando te conozca mejor, te va a dejar ir, tontuela... Todo lo contrario, te va a tener entre algodones, yo a este lo veo moviendo ficha pronto, que tampoco es un niño...

Pues que tenga cuidado con los movimientos de ficha que, como se equivoque, le doy jaque mate en un santiamén.

Que no, boba, quítate ya esos pensamientos de la cabeza. En lo que tienes que empezar a pensar es en los buenos revolcones que te vas a dar con él. ¿Y si nos vamos a comprar ropa interior? —ella y su vaso medio lleno.

Vamos por partes, hoy tus sandalias—no las tenía yo todas conmigo todavía, aunque lo estaba deseando. Yo ya estaba montando en mi cabeza mi propio cuento, ojalá que con final feliz.

Fuimos a tiro hecho a una zapatería que tenía la línea de sandalias que le gustaban y se probó unas que le hacían unas piernas de infarto. Miró hacia una de las estanterías y le salió una sonrisilla irónica.

Mira, ¿no parece el zapatito de cristal de La Cenicienta? —señaló a unos que eran de esos totalmente transparentes. ¡Otra vez salía a colación ese personaje!

Sí, es ideal.

Lo veo perfecto para ti, pruébatelo.

No, ¿por qué?

Ains, porque ya imagino a ese Mateo como el príncipe azul—entrecerró los ojos.

¡Como no los abras, te doy aquí mismo! —hice el gesto de que tenía una cachetada buena.

Huy el amor, ¡cómo te altera!

Me alteras tú, graciosa, no el amor... Tira, anda.

Pagó las sandalias y nos fuimos. Quedamos en ir otro día a ver a mi amigo Kees para que le diseñara el vestido. El caso era muy divertido. Mi amiga se declaraba forofa de los zapatos y era lo primero que escogía. A partir de los que le gustaran, ya combinaba el resto de la indumentaria.

Me despedí de ella y llegué a casa. Llamé a mi madre, que estaba enganchadísima a la mía con Mateo, y quería su ración diaria de noticias.

¿Os ha invitado a comer a los tres? Hija mía y todavía tendrás dudas de que quiera algo serio contigo.

A ver mamá, que eso tampoco es una declaración formal de intenciones—reí.

No, pretenderás tú que publiquen un bando municipal de su parte para convencerte. Hija mía, blanco y en vasija...

Leche fija, mamá, solo espero que no se corte.

Desde luego, tú y yo sí que no estamos cortadas por la misma tijera. Tú tan prudente y yo tan...

Loquilla, mamá, tú tan loquilla...

Bueno, yo iba a decir impulsiva, pero de acuerdo...

¿Y con tu chico?

Genial, genial. Ya tengo los billetes para el mes que viene. Nos vamos a Italia, ¿cómo lo ves?

Sensacional, mamá. Espero que te diviertas y, sobre todo, que no le des allí el cambio por un italiano—me salió del alma.

Hija mía, vaya guasita que tienes. No he visto una cosa igual en todos los días de mi vida.

Venga, mamá, vale, pero a mí no me lo presentes todavía, ¿eh?

No, no, que después te pones muy tiquismiquis.

Colgamos y me quedé riéndome sola, ¿y si por fin sentaba la cabeza también? Era improbable,

pero no imposible. Yo le deseaba lo mejor, qué duda cabía...

Capítulo 11

Jueves por la mañana, a un salto del viernes ¡Yuju!

Estaba de lo más feliz y eso tenía un nombre propio... Mateo.

Salí de casa para coger la bicicleta y en la puerta del trastero un corazón precioso de cartulina y un “te amo” en el centro, me iba a dar algo...

¿Cómo podía ser tan romántico, por favor? ¿Ese era el hombre al que llamaban mujeriego? Sin duda a mí me estaba haciendo sentir especial, a diferencia de con las otras que fue un “aquí te pillo, aquí te mato”, de modo que iba por el buen camino para que venciera mis dudas. En resumen, me estaba demostrando ser todo lo contrario a lo que se rumoreaba y que yo le importaba mucho.

Metí en el bolso que llevaba en la cesta de la bici el corazón y me lo llevé conmigo. A ese paso, iba a forrar una pared de mi casa con todas sus efusivas muestras de amor.

Me paré a desayunar donde Melisa. Al enseñárselo se puso las manos en la boca y me miró negando de forma emocionada.

— Por favor, no me digas...

— Si, te lo digo, es un romántico que me tiene a baba tendida.

— Viene por ahí — dijo sonriente — os traigo dos cafés.

Miré hacia atrás y ahí estaba, guapísimo, con una sonrisa espléndida.

— Buenos días, preciosa.

— Buenos días, señor romántico.

- ¿Te gustó?
- Me encantó, pero ¿Y eso de que me amas? — reí negando.
- Lo siento así y no es de ahora, pero nunca me atreví a decírtelo.
- Vaya, pues mientras no desaprovechaste el tiempo — hice un carraspeo.
- No todo lo que se dice es cierto.
- Tienes una larga lista...
- Cuando quieras la hacemos y ves que no toda la mala fama es merecida.
- No, mejor no la hagamos, no te cargues el avance — reí.
- Entonces reconoces que estoy avanzando...
- Sí, debo ser realista, sincera y justa.
- Te quedó muy intenso — sonreía.
- Algo se me estará pegando de ti — reí mientras miraba a Melisa que nos traía los cafés.
- Aquí el café para los chicos más bonitos de todo el pueblo — soltó con gracia.
- Bueno ella más que yo.
- ¡Los dos! No sabéis la buena pareja que hacéis — soltó sin anestesia.
- Bueno, no corras tanto — reí.
- ¿Y por qué no?
- Mateo ¡Que te veo! — le produje una risa a los dos y Melisa se fue a atender.

- Desde que me soltabas eso en el portal hace tiempo, me hacía una gracia tremenda.
- Si es que te las has ingeniado de mil formas, ya te veía venir.
- Menos lo último...
- No, con eso reconozco que me sorprendiste muy gratamente.
- Si lo sé lo hubiera hecho antes, pero no me atrevía, lo reconozco.
- Bueno, todo tiene su momento, quizás era este.
- Pienso lo mismo — sonreía produciéndome un montón de mariposas en el estómago.
- ¿Qué tienes pensado preparar para mañana?
- ¿Tienes curiosidad?
- Un poco...
- Pues había pensado preparar unos entrantes de canapés, receta de mi abuela Margot, y después una sopa de marisco.
- Pinta muy bien...
- Me alegra. Por cierto, no hagas planes este fin de semana que se me ocurrió algo ¿Dispuesta a dejarte llevar?
- Vale, mi amiga Samanta tendrá que salir entonces con su prima — reí.
- Me gusta que te dejes llevar.
- Te lo estás currando, espero que no la jodas — solté una carcajada.
- Ten claro que no lo haré, cuido con mimo las cosas que me importan.

- Bueno, ya sabes eso de que “el movimiento se demuestra andando”.
- Lo haré — me hizo un guiño.
- ¿Y qué tal se te presenta el día?
- Pues hoy firmo en notaría una venta, por lo que pasaré la mañana con los clientes, dado que antes tenemos que ir al banco.
- Genial, te felicito, vendes un montón.
- La mía es la única inmobiliaria, no les queda otra — sonreía.
- Bueno, eso es muy favorable.
- ¿Y tú?
- Pues en la tienda, atendiendo clientes — sonreí — Como siempre, vamos.
- Pero a ti te gusta.
- Yo amo mi trabajo, además no me puedo quejar con los resultados.
- Eso es lo bueno, que todo vaya bien.
- Sí, es innegable que sí, ninguno de los dos nos podemos quejar.
- Y menos ahora que hemos encontrado el amor.
- ¡Mateo! — reí.
- ¿No es así?
- ¡Mateo! — resoplé.
- Está bien — rio.

Me gustaba que tuviera esos golpes, aunque me aterraban. Siendo honesta, me daba miedo que todo se fuera al garete ahora que estaban naciendo en mí esos sentimientos por él. No obstante, eso no me iba a impedir seguir disfrutando como lo estaba haciendo, viviendo cada momento, cada sorpresa que ponía en mi camino, todo lo que hacía que yo fuera cayendo rendida a sus pies por momentos.

Terminamos el desayuno y como siempre Mateo pagó, caballerosidad a mansalva reunía ese hombre...

Llegué a la tienda y ahí estaban los petardos riendo al verme. Por supuesto esperando la hazaña del día por parte de Mateo, esa que les gustó tanto como los *post its* anteriores.

A media mañana llegó un paquete con el chico de reparto del pueblo. Yo me quedé extrañada, pero claro, otra artimaña más de mi chico, ese que ya me tenía robado el corazón y la vida...

Me encantó, era una preciosa agenda en color celeste pastel con las letras en rosa con brillantina que contenía un mensaje.

“Tu sonrisa mueve mi mundo”

— Nena, este hombre creo que está pidiendo a gritos que te cases con él.

— Edurne, no me seas bestia — reí.

— Pues yo pienso lo mismo.

— Nico, tú y tu imaginación.

— Bueno, dirás lo que quiera, pero no cualquier hombre está continuamente colmando de detalles a la mujer con la que pretende tener algo.

— Eso sí, pero de ahí a una boda...

— ¿Qué harías si te lo pidiera? — preguntó Edurne con timidez.

— Le diría que un año a prueba para que me demuestre de que no es un Don Juan como pone en su título — reí negando.

— Un año a prueba, ¿tú eres tonta?

— Nico, no lo soy, ni tan rápida como tú — reí.

— A mí me pide un hombre así matrimonio y me voy directamente a la puerta de la iglesia a esperarlo — hizo un gesto de seguridad.

— Nico para... — reí.

— Mi novio dice que nos casaremos un día...

— Edurne, tu novio no se casa ni obligado.

— ¡Nico! — protesté para que no fuera duro.

— Déjalo, tiene envidia de mi novio.

— ¿Yo? Pero si ese es más soso que un pan sin sal — negó y se fue a atender a unos clientes.

— No le hagas caso — resoplé riendo.

Se lo decía bromeando, pero es que se pasaba mucho Nico. Eso sí, en el fondo nos quería y por eso actuaba así, no era mala persona en absoluto, solo que veía lo mismo que yo y él no se callaba.

Al rato apareció por mi tienda Beth, la vecina de mi madre, esa señora mayor tan jovial y elegante. Nos comentó que acababan de hacerle una llamada del ayuntamiento y que le iban a dar un premio por su trayectoria profesional, al haber sido la enfermera del pueblo durante tantos años. Total, que venía a por una cartera de mano.

Dime cómo es el vestido y la buscamos—le tendí el brazo—Pero, sobre todo, dime lo más importante, cuándo se celebrará ese evento porque no pienso perdermelo.

¿Vendrás, hija?

Por supuesto que iré, estoy segura de que acudirá el pueblo entero, que para eso te lo mereces.

Muchas gracias, cariño.

Eligió una que le encantó y que también era uno de mis predilectas y salió por la puerta como niña con zapatos nuevos, de lo más contenta.

Al mediodía me dirigí a comer a la terraza de Koen, pues ya hacía varios días que no recalaba por allí.

Hola, Carola. Te veo muy buen aspecto, ¿alguna novedad en tu vida?

¡Cielo santo! ¿Es que llevaba un cartel en la frente?

Bueno, igual algo hay—tampoco quería negar lo que parecía ser evidente.

Me alegro.

Oye, pero o mucho me equivoco o también veo algo distinto en tu semblante.

Es verdad, no es que tenga nada en el horizonte, pero me siento como con ánimos renovados, fijate.

Cuéntame, cuéntame—me encantaba escuchar eso de su boca. El pobre lo había pasado fatal con lo de su mujer.

Pues mira, el pasado fin de semana fue el primero que salí una noche después de lo que ocurrió, fijate.

¡No me digas!

Sí, mis padres siempre están insistiendo en que debo salir un poco y se hicieron cargo de

los niños.

¡Y tienen toda la razón! Tú eres un padrazo, pero necesitas también tu propia parcelita personal.

Sí, y no me di cuenta hasta que lo hice, pero ahora ya he tomado conciencia de que de vez en cuando tengo que salir a despejarme.

Claro que sí, a cenar, tomar una copa, bailar y conocer gente.

Tienes razón, llevo vida de monje.

Se fue para dentro y me quedé pensando en que me alegraba infinitamente por mi amigo. Además, era súper guapo y cualquier chica querría tener una historia con alguien así, estaba lleno de valores.

Reí para mí porque parecía que el universo hubiera conspirado para ponernos por delante un bonito futuro a cada uno. Mi madre, Samanta, yo, estábamos ilusionadas con alguien y ahora Koen me decía que también lo estaba, aunque en su caso fuera con una nueva perspectiva que ampliara sus miras.

Llegué a casa y descansé. Decidí que esa tarde debía ir a aprovisionarme, porque mi frigorífico más que frío, empezaba a dar pena. A la vuelta pensé en que sería estupendo coincidir con Mateo en el portal, pero no hubo suerte. Tendría que esperar al día siguiente.

Subí a casa y me entretuve en colocar la compra en su sitio. Después me asomé al balcón y lo vi venir por la calle. Él no me vio a mí. Cielos, ¡qué guapo estaba, y vaya andares! Comprobé que una chica que pasó se le quedó mirando y era bastante joven. Yo iba a tener que digerir que él tenía admiradoras hasta debajo de las piedras, pero siempre que me demostrara fidelidad todo iría sobre ruedas.

Un rato después comencé a prepararme la cena y me llamó Samanta, emocionada. Me decía que había quedado con Carlos para ese fin de semana, que si no me importaba.

¿Lo dices en serio? Me alegra un montón. Además, yo tengo plan de fin de semana con Mateo, me ha dicho que tengo que dejarme llevar. Iba a llamarte esta noche.

¿Plan de fin de semana? Me caigo muerta, estoy alucinando. Te dije que este va cuesta abajo y sin frenos.

Eso parece, bueno supongo que es lo que toca. Yo estoy súper entusiasmada, no tengo ni idea de lo que se trata.

Pues ya me contarás con pelos y señales.

Claro y tú de tu salida con Carlos.

Nos despedimos y llamé a mi madre, que me dijo que estaba arreglándose para salir a cenar con su chico. Definitivamente, debían haber esparcido algo en el ambiente que nos estaba enamorando a todas.

Cené ligero, viendo un poco la tele y curioseando las redes sociales. Me acosté temprano. Dicen que el descanso es el mejor tratamiento de belleza y me apetecía estar monísima para el día siguiente, un viernes en el que comenzaba el que sería nuestro primer fin de semana juntos. Hasta conciliar el sueño me estaba costando, pues la emoción me embargaba y las ganas hacían los minutos eternos.

Capítulo 12

Y llegó ese viernes en el que mi corazón estaba más acelerado de lo normal, en el que había pasado de no querer a ese hombre en mi vida para nada, a quererlo todo con él, pero obvio que no se lo iba a soltar tan fácilmente.

Salí de mi casa y... ¡Bingo!

Un camino de rosas por todas las escaleras hasta el trastero donde estaba apoyada una rosa preciosa, preparada en un papel repleto de mensajes de amor ¡Moría! ¿Cómo podía seguir agasajándome con esos detalles tan bonitos?

La cogí y la olí, luego la puse en la cesta de mi bici para irme a desayunar mientras rezaba porque él apareciera por allí para alegrarme del todo la mañana.

Melisa me sonrió mirando la rosa.

— Ahora me dirás que también es normal...

— No, Melisa — sonreí con cara de niña tonta.

— ¿Y?

— Y nada, a su merced, totalmente a su merced — reí.

— Es un gran chico y no debes mirar más con quién estuvo o no, debes dejarte llevar por todo lo que te está ofreciendo, dado que es algo que solo hizo contigo.

— Lo sé...

— Pues yo espero ver nacer algo muy bonito entre vosotros, ¿para cuándo el primer beso?

— Bueno, esas son palabras mayores — reí.

— ¿Mayores?

— Me refiero a que pasará cuando tenga que pasar...

— Por ahí viene — rio y se fue a por los dos cafés.

Mateo se acercó y me besó la mejilla.

— Preciosa rosa llevas...

— Si, me la regaló un galán — le hice un guiño sacando la lengua.

— Debe quererte mucho...

— Digamos que algo le debo gustar — reí.

— Mucho, imagino que mucho. Qué ganas de que den las dos para no volver a trabajar hasta el lunes.

— Las mismas que las mías — reí.

— Había pensado...

— Sorpréndeme — reí.

— Quiero que pases el fin de semana en mi casa conmigo — apretó los dientes.

— Mira no tengo ni que hacer maletas, con ir a cambiarme — reí.

— ¿Eso es un sí?

— Sí...

Se levantó y me plantó un beso en los labios ante la mirada incrédula de Melisa que volvía con los cafés.

— Vaya, no me lo esperaba.

— Ni yo que no me lo rechazaras.

— Solo es un beso...

— Es el principio de muchos de ellos.

— Si te portas bien, que conste en acta.

— ¿Mejor?

— Bueno, con seguir esa línea... — reí negando.

— ¿Y si almorzamos a las dos en la freiduría nueva?

— Perfecto.

— Luego ya nos vamos a casa y por la tarde me ayudas a preparar la cena.

— Una idea genial.

Mateo no se podía imaginar los sentimientos que estaba consiguiendo sacar de mí y que hacía mucho tiempo que yacían muertos. Sin embargo, de golpe y plumazo tenía una sensación de vivir en una nube que me hacía estar todo el día sonriente, con el mejor de los humores y con ganas de vivir estos momentos junto a él, disfrutarlos al máximo y sentir que todo tenía sentido, que íbamos por el camino correcto.

— Anoche soñé contigo — dijo ante mi asombro.

— ¿Bueno o malo?

— Gracioso — arqueó la ceja.

— A ver, sorpréndeme...

— Conseguí la llave de tu trastero y saqué tu bicicleta, a cambio te puse una de esas con motor — rio.

— ¿Y dónde estaría la gracia de no pedalear para hacer un poco de deporte? — reí.

— No lo sé, pero yo te la compré y te hice el cambio, tal como dices, te enfadaste mucho y de dos patadas te deshiciste de ella.

— Hombre, tan bruta no soy, te hubiera pedido que me devolvieras mi bici y ya...

— Era un sueño...

— Ya, ya, pero ni se te ocurra. Mi bici es mi niña, la adoro y podría ir al trabajo andando, pero no, me encanta hacerlo sobre ella y dar movimiento a mis piernas.

— Lo sé y lo sabe todo el pueblo.

— Pues eso, ni se te ocurra — reí.

Me encantaba que hubiese soñado conmigo, eso me hacía sentir más especial aún y me alegraba infinitamente. Una nueva señal de que iba por el buen camino, estaba presente en sus pensamientos y en sus sueños ¿Qué más podía pedir?

Tras el desayuno nos despedimos y quedó en recogerme en la tienda a las dos, así que volví a casa y dejé la bici para irme andando al trabajo. Aquel día haría el doble de deporte.

Cuando llegué ya estaba abierta y los chicos atendiendo, Nico me miraba haciéndome gestos de que le tenía que contar. Edurne se pegó a mí como una lapa con esa sonrisa dulce y les relaté lo de la rosa, además de lo de que pasaría el fin de semana con él.

La mañana transcurrió lenta, seguramente por las ganas que tenía de irme con Mateo a pasar el fin de semana a su casa ¿Podía tener mejor plan?

A las dos salí y me fui con él a almorzar, los chicos se quedaron atendiendo a los últimos clientes que estaban pagando.

— Podría haber esperado — me dio un beso en la mejilla.

— Tranquilo, ya solo es cobrar y lo hacen ellos.

— ¿Preparada para el fin de semana?

— ¿Quién dijo miedo?

— Pues vamos a ello — sonreía.

Almorzamos en la freiduría charlando sobre cosas cotidianas, pero eso sí, él me miraba de lo más seductor y conseguía que me sonrojara como una niña pequeña que no sabe cómo actuar cuando desea algo mucho. Lo peor era que él lo sabía y lo intensificaba más, produciéndome esa carcajada nerviosa que no podía evitar.

Tras el almuerzo nos fuimos para el bloque. Entré un momento en mi casa a cambiarme, quería ponerme cómoda con un vestido de algodón de mangas cortas, suelto, con unas sandalias planas llenas de tiras. Estaba monísima, aquel *look* me hacía un aspecto más aniñado.

Llegué a su casa y tenía preparados los cafés, solo para darle al botón. Nos sentamos en el sofá a tomarlos y pronto llegaron los besos, con cautela, de forma relajada, sin ir más allá de ellos, entre miradas que lo decían todo y sonrisas que expresaban lo bien que nos sentíamos en ese momento.

Después de dos horas allí disfrutando el uno del otro nos fuimos a la cocina a preparar la cena. Yo quería ayudar, pero me hizo sentar con una copa de vino blanco en la encimera. Me veía de lo más sexy con las piernas cruzadas, mirándolo risueña.

— Me estás provocando — se acercó a mí y se colocó entre mis piernas agarrando mis caderas.

Puse la copa a un lado.

— No lo creo — reí.

— Muchísimo, así no puedo cocinar.

— Bueno, iré a cambiarme y me pondré un chaquetón hasta los tobillos, aunque haga calor.

— No — metió las manos por debajo de mi vestido y se agarró a mis caderas de nuevo —
Estás perfecta así.

Un cosquilleo mayor recorrió mi cuerpo, sentir sus manos sobre mi piel me hizo arder en deseos y pensé que lo quería todo con él en esos momentos.

Durante los preparativos de la cena se sucedieron una serie de besos y caricias. Mateo estaba de lo más juguetón y eso a mí me encantaba, me hacía ser la mujer más deseada del planeta.

Como era de esperar, la cena de lo más divertida. Él no dejaba de buscarme la lengua y yo, que estaba en esa nube de la que no me bajaba, no podía dejar de reír con sus cosas.

Una vez hubimos terminado nos fuimos al sofá de nuevo. Yo estaba protestando por ir a por el pijama, él me había quitado las sandalias y me decía que mi vestido pasaba por un camisón y que no me hacía falta nada más, vamos que no me dejó ir a por él.

Entre besos me hizo quitar el vestido, levantándolo. Yo me quedé avergonzada pero sonriente, él soltó el aire al verme en ropa interior.

— No me mires que me da vergüenza — reí.

Me sentó sobre sus piernas rodeándome con sus manos.

— No debes tenerla, eres un bellezón de arriba abajo.

— Eso lo dices para conseguir tu objetivo...— reí.

— Mi objetivo lo tengo entero entre mis manos — apretaba mis nalgas.

Me echó hacia atrás después de desprenderse del sujetador.

Puso su cara sobre mí y comenzó a bajar lentamente mientras acariciaba mis pechos y los estimulaba produciéndome una excitación que pronto transmití con gemidos. Y es que esos gemidos los iba provocando la sensación que causaban sus manos y sus labios en mi cuerpo

durante ese precalentamiento.

Y se desnudó para estar a juego conmigo y... ¡Pedazo de cuerpo! Madre mía, a eso llamaba yo estar definido, era lo más sensual con lo que me había topado en mi vida y qué tablas tenía...

Terminamos haciéndolo como locos. A él se le escapaban esos gemidos contenidos y yo los dejaba ir sin esconderlos. Me fascinó su forma de tocarme, de penetrarme, de hacerme llegar a un intenso orgasmo con el que casi me derrumbé por completo perdiendo todas mis fuerzas.

Luego nos quedamos un rato abrazados desnudos. Me regalaba toda clase de besos, de miradas confidentes, de sonrisas. Me trataba como si fuera un diamante al que quería cuidar a toda costa, ese era Mateo conmigo, lo demás ya no me importaba.

Nos quedamos dormidos en su cama, desnudos, abrazados y riendo por las cosas que me decía. Su sentido del humor era brutal, como todo él, un hombre de bandera y que me hacía sentir lo que yo era para él. Deseaba gritar mi felicidad al mundo, pues así me sentía, la mujer más feliz sobre la faz de la tierra.

No sé quién cayó rendido primero, lo que sé es que me dormí con una sonrisa que esperaba que permaneciera en mi rostro para toda la vida, pues él era el causante de ella. Así las cosas, la pelota estaba sobre su tejado.

Capítulo 13

No me lo podía creer, estaba despertando y lo tenía entre mis piernas lamiendo cada recodo de mi zona más íntima.

Reí negando a la vez que me eché hacia atrás y me agarré a las sábanas por el placer que me estaba produciendo en esos momentos ¡Vivan los amaneceres así! Pensé mientras soltaba el aire, ese que ya comenzaba a faltarme debido a la excitación.

Volvíamos a hacerlo, primero los preliminares y luego esos azotes que me regalaba para sacar los mejores de mis gemidos.

Tras ese acto nos duchamos y él se fue a preparar el desayuno mientras fui a mi casa a cambiarme de vestido. Nos íbamos a ir a pasar la mañana a la calle y a almorzar en algún restaurante del pueblo, ya que el día invitaba a ello.

Después del desayuno, salimos del portal agarrados de la mano, como una pareja de toda la vida. Los vecinos que nos conocían nos miraban sonrientes e impresionados, pues lo último que se podían imaginar es que Mateo y yo tuviéramos una relación.

Ni yo, ni yo me lo podía creer y esa era la verdad, pero ahí había nacido algo muy bonito que estaba despertando en mi un sinfín de sentimientos que se agrandaban por minutos. Y es que estaba siendo demasiado feliz, aunque yo siempre lo fui, pero en esos momentos mi felicidad estaba alcanzando un nivel insospechado, que me hacía entender que la vida aún te puede sorprender más y que el amor te eleva sin pedir permiso.

Estuvimos tomando unos aperitivos por el pueblo, entre besos y sonrisas que iban alegrando mi alma. Después nos fuimos a la tienda a ver a los chicos, pero por la cara de Edurne vi que algo sucedida y le dije que saliera.

— ¿Qué te pasa?

— Mi novio...

— ¿Qué le pasó?

— Me dejó por otra y me lo soltó así como quien lava y no enjuaga, como si fuera una cosa normal, no sabes el daño que me hizo escucharlo.

— ¿Será cerdo?

— Teníais razón y yo no quería verlo.

— Tenías una venda, pero hazme caso y recuerda esto... Vas a ser más feliz sin él que con él.

— Lo sé, pero ahora duele mucho.

La abracé con fuerza y miré a Mateo que estaba descompuesto, le dije que lo sentía.

Le pedí a Nico que midiera sus palabras, ya que ella estaba muy sensible. Yo sabía que la adoraba y que las iba a medir. Ni él ni yo queríamos verla sufrir por nada del mundo, no se lo merecía.

— No entiendo cómo pueden ilusionar a una persona y luego dejarla de esa manera — dijo Mateo cuando nos sentamos en una terraza a comer y nos sirvieron el vino.

— Yo tampoco, llevaban tanto tiempo juntos... Pero bueno, que Nico y yo sabíamos que no era trigo limpio.

— Ella vale mucho, seguro que encontrará alguien mejor.

— Eso es verdad, tengo claro que sí.

Notaba que le había afectado, que no le había gustado ver a mi amiga así. A pesar de haber estado con una y con otra lo cierto es que con ninguna lo hizo un tiempo prudente como para ilusionarla. Me encantaba conocer a ese Mateo empático y con ese corazón tan bonito.

Ese sábado lo pasamos paseando y viviendo lo nuestro de una manera especial. Era un precioso comienzo que llenaba nuestras vidas de ilusión y sueños.

Por la noche volví a dormir en su casa donde se repitió aquel maravilloso momento de fogosidad

que me moría por vivir y experimentar a su lado.

El domingo no salimos. Lo pasamos invernando, me gustaba su casa, estar con él, disfrutar de esos momentos al máximo y él como no, todo el tiempo colmándome de mimos y de abrazos.

— ¿Sabes que no te dejaré ir más?

— ¿Y eso? — reí con esa pregunta.

— Porque me parecerá que el techo se me cae encima si tú no estás.

— ¡Exagerado!

— No lo soy, es la verdad, quiero comenzar contigo algo real, bonito, juntos...

— ¿Y mi piso?

— Pues arriba, de ahí no se moverá.

— Madre mía ¿Estás seguro?

— Hasta de que... — sacó un anillo del bolsillo y por poco me da algo — ¿Quieres casarte conmigo?

— ¡Mateo! — me puse las manos en la cara sin saber qué decir.

— Yo estoy seguro de lo que quiero.

— Vale, pero con calma, no nos vamos a casar mañana — reí y lo besé.

— No, pero en un año no estaría mal.

— Procura no cagarla en ese año — reí.

— Viviré solo por y para ti.

— Tampoco es eso, debes tener vida — dije mientras ponía el anillo en mi dedo y las lágrimas resbalaban por mis mejillas.

— Me alegra emocionarte.

— Es muy bonito, espero no despertar — reí.

— No es un sueño, créeme que siento al igual que tú.

Y nos abrazamos en un precioso momento que me hizo sentir que la vida comenzaba para nosotros...

Al caer la noche me acompañó a mi piso a por la ropa del día siguiente y alguna que otra más. Curioso, me mudaba a pocos metros de mi casa, pero lo quería, lo necesitaba. Con él comenzaba una nueva vida que estaba segura de que iría bien, al menos lo deseaba con toda mi alma.

Esa mañana no hubo bici, nos fuimos andando a la cafetería de Melisa, de la mano. Nos vio aparecer y una sonrisa preciosa se dibujó en su cara.

— Me he mudado — le dije riendo, produciendo el asombro en su cara mientras Mateo nos observaba sonriente.

— Así que ganó el soltero de oro...

— Eso parece — lo miré riendo.

— No soy el soltero de oro, son habladurías del pueblo — negaba riendo.

— Me alegro mucho por vosotros y os deseo lo mejor. Hoy os pongo un desayuno completo, que invita la casa.

— Gracias, preciosa.

Desayunamos sonrientes y felices, luego nos despedimos hasta las dos, hora a la que nos íbamos a su casa a comer. Después Mateo volvería al trabajo. Yo me quedaría allí o en la mía, pero eso comenzaba a funcionar.

Llegué a la tienda y abracé a Edurne. Su cara reflejaba que la procesión iba por dentro. Sabía que lo estaba pasando realmente mal, pero era un duelo que tenía que lidiar esos días hasta comenzar a ver luz en su vida, esa que estaba segura de que aparecería y que la haría brillar con la mejor de sus sonrisas. No merecía menos, era una gran persona donde las hubiera.

Nico estaba muy volcado en ella y obvio que no le volvió a soltar ninguna de esas burradas que tanto le dolían, por verdaderas que fueran.

Aquella semana mi vida cambió por completo al lado de Mateo que me cuidaba como el que más. Además, aparecimos un par de veces en casa de mi madre para almorzar. Esa mujer estaba loca de contenta con nuestra relación.

Todo comenzaba a cobrar sentido en nuestras vidas. Mateo y yo nos habíamos vuelto inseparables. No había día que no me sorprendiera con algún detalle o mensaje en cualquier rincón de la casa. A detallista, generoso, cariñoso y atento, no había Dios que le ganara.

Por días Edurne iba sonriendo más e iba desapareciendo la palidez de su rostro. Más de una mañana apareció por donde Melisa y desayunó con nosotros, al igual que Nico. Parecíamos una pandilla unida para desayunar, me encantaba tenerlos juntos a nosotros, eran mi pequeña familia adoptiva como yo los llamaba.

También fuimos a visitar a los padres de Mateo, que vivían en otro pueblo, pero que me conocían porque siempre vivieron en el mío. Me recibieron a bombo y platillo. Estaban súper felices por la relación que manteníamos y eso me daba mucha tranquilidad. Mis suegros eran unas bellas personas, nada que ver con los tópicos. Yo disfrutaba con el trato que me daban y con el amor con el que me acogieron en su familia, que comenzaba a ser en mía.

No me podía sentir más feliz y dichosa con lo que el destino tenía preparado para mí, además que ya no veía como antes a Mateo. Mi chico era un señor de los pies a la cabeza, de eso no tenía la menor duda. Solo quedaba esperar para comprobar si estaba en lo cierto ¿o no?

Epílogo

Un año después...

¡Ya voy! —le dije a Samanta. A veinticuatro horas de mi enlace estaba totalmente de los nervios.

Kees dice que tiene que salir y que, si no vamos ya por el vestido, te lo pone en la puerta de la calle.

¡Eso te lo acabas de inventar! ¿Es que hay fuego en su tienda o qué?

Pues claro que me lo acabo de inventar, pero ven pronto por mí que estoy deseando verte.

Salí de mi casa, bueno eso lo tengo que especificar, porque vivíamos en casa de Mateo desde que aquel primer beso que nos dimos nos hizo inseparables.

Lo reconozco, finalmente tuve que claudicar. La que estaba equivocada era yo y todos los demás llevaban razón: estaba enamorado hasta el tuétano de mí. Y yo de él.

En Mateo encontré todo lo que siempre busqué en un hombre, empezando por la fidelidad y pese a que todas las pruebas parecieran apuntar en su contra al principio. ¿Por qué lo sabía? Muy sencillo, porque no había un plan que hiciera en su vida en el que no me tuviera presente.

En ese último año habíamos vivido mil y un momentos inolvidables y Mateo me demostrada cada día que, minuto que tenía libre, minuto que deseaba estar conmigo. Obvio que, si tuviera intención de ponerme los tarros, no tendría ese comportamiento.

¡Ya estoy aquí, amiga! —Samanta se subió apresuradamente en el coche.

Madre mía, que estás de los nervios.

¿Y cómo quieres que esté si se casa la que ya considero mi hermana? —me dio un beso en la mejilla.

Pero a ti te pasa algo más, lo veo en tus ojos...

Es Carlos, me ha pedido esta mañana que tengamos un hijo.

¿En serio? No me lo puedo creer.

¿Y tú qué vas a hacer?

Pues todos los intentos posibles hasta que salga—me guiñó el ojo.

¿Y de casaros?

Ya sabes que no soy mucho de papeles, pero lo de tener un hijo con él es lo que más me puede emocionar en la vida.

Lo sé cariño, no veas si me alegra. Eso quiere decir, no hay ni que preguntarlo, que ya se queda definitivamente a vivir aquí.

Sí, sí, nos quedamos en el pueblo. A mí me encanta ir de vacaciones a España con él, pero de tu lado no me muevo.

¡Ni que yo me entere!

Mi amiga llevaba también un puñado de meses viviendo con Carlos, por lo que su historia de amor iba viento en popa.

Llegamos a la tienda de Kees, que finalmente montó y que marchaba sobre ruedas. Mi amigo se había convertido en el referente de todas las mujeres del pueblo para vestir en cualquier evento de altos vuelos y se estaba haciendo de oro. Como no podía ser de otra manera, yo le había encargado mi vestido de novia, que íbamos a recoger.

¡Es el tuyo! Mateo se va a caer muerto cuando lo vea—mi amigo sonaba sincero.

Deja, deja, que entonces me caso en vaqueros—mis ojos brillaban por la emoción del momento.

Estás preciosa, amiga. No se puede estar más bonita, palabra—Samanta no dejaba de mirarme.

Gracias, los cogí a los dos de la mano.

El vestido me sentaba como un guante. Su línea era *bohème* y a la vista se me antojó como una auténtica maravilla, con un escote *deep plunge* que realizaba como ninguno mi busto. El cuerpo era de encaje con pedrería y con una espalda ilusión que era toda sensualidad.

Te lo preparo y que te lo envíen a casa de tu madre al final de la tarde, no hace falta que te lo lleves. Además, irá bien tapado—me dio un beso Kees con lágrimas en los ojos.

Te has lucido, no tengo palabras. Era muy importante para mí.

Lo sé y por eso he puesto toda la carne en el asador.

No tengo duda, amigo, estaba hasta temblona.

Menos cháchara que tenemos todavía mucho por hacer—Samanta estaba de lo más marimandona.

Salimos y volvimos a montarnos en el coche.

¿Qué es eso tan importante que tenemos que hacer? —le pregunté un poco loca.

Ir a comer con tu madre. ¿No decías que Mateo está ultimando cosillas tuyas?

Sí.

Pues eso.

Llegamos a casa de mi madre que estaba todavía más de los nervios.

¡Aquí están mis niñas! Hoy comida de chicas, que es un día grande.

Leonor, vas a flipar. A tu hija le queda el vestido que parece una modelo.

¡No me cuentes más! ¡No me cuentes más! —hizo como que se tapó los oídos.

Mi madre estaba totalmente loca de contenta con la boda, tanto que había decidido no ver mi vestido hasta que me lo pusiera la mañana siguiente, de ahí el interés de Kees en meterlo en una funda que no fuera transparente. Yo saldría camino de la iglesia desde allí.

¿No te intriga ni un poquito? —le preguntó mi amiga para apretarle un poco las tuercas.

Mucho, no te imaginas las ganas que tengo de verla, pero es que quiero que sea sorpresa total.

Eso es muy bonito, mami y la próxima tú—a mí sí que me había dejado perpleja ella.

Resultaba que mi madre seguía con Yani, su profesor de pilates y hasta estaban planteándose ya vivir juntos.

¿Te imaginas, hija? Ojalá.

Yo estoy segura de que terminará pidiéndotelo, tiempo al tiempo—le sonreí.

A lo mejor, yo todavía sería una novia muy guapa, ¿verdad?

¿Tú? Mamá serías la novia más guapa del mundo, no lo dudes.

Eso sí que no. La novia más guapa del mundo vas a ser tú mañana, cariño. Y hablando de todo, lo he estado pensando mucho, pero creo que te gustaría llevar esto—sacó una cajita antigua.

¡Mamá! ¿Son...?

Son los pendientes que yo llevé cuando me casé con tu padre. Samanta me ha animado a que te los diera. Sé que tienes preparados unos para mañana, pero...

¡Mamá, esos solo tienen valor material!

¿Ves? Te dije que le iban a gustar mucho —le sacó la lengua mi amiga.

Yo no estaba segura de que te gustaran hija, los míos son unos pendientes modestos como lo éramos tu padre y yo en aquellos tiempos...

Con el mayor valor sentimental que se pueda tener, mami...

Cerré la cajita como el mayor de los tesoros y me dispuse a compartir mi último almuerzo de soltera con mis dos mujeres favoritas: mi madre y mi mejor amiga.

Después de comer, Samanta y yo pasamos por la floristería a supervisar los arreglos florales que nos habían preparado para el día siguiente. Todo en orden y perfecto.

Quiero pasar por la tienda a ver a mis niños—sugerí.

¿Deformación profesional? Mira que ahora vas a tener que desconectar unos días para irte de luna de miel, capulla, que no se puede tener más suerte.

Sí, me muero por poner los pies en Las Maldivas con Mateo. Es un amor. Jamás pude imaginar que se fuera a volcar tanto en nuestra boda.

¡Ese con tal de casarse contigo como si te hubiera tenido que hacer el traje a mano! —rio.

Entramos en la tienda y los chicos se revolucionaron al verme.

¿Ya tienes el vestido en casa? —me preguntó Edurne.

Lo van a enviar a casa de mi madre, recuerda que me visto allí.

¡Dios mío, Carola! ¿Estás muy nerviosa? El día que yo vaya a casarme creo que me tan a tener que meter tila en vena.

Sí, pero por lo menos ya te damos permiso para casarte, que ahora sí que tienes un novio en condiciones—le soltó Nico.

Y para lo que más ha valido ha sido para que dejaras de meterte conmigo, que me las dabas mortales.

Y lo volvería a hacer, ¿a que no podíamos dejar que desperdiciara su vida con el cretino de los quesos, Carola?

Por supuesto que no—le di la razón a Nico.

Ahora ya solo falta que te busquemos un novio a ti—sugirió ella.

Tú no te preocupes que yo siempre tengo la caña preparada. A la que pase uno que merezca la pena le meto el anzuelo hasta el...

¡Calla, loco! Que viene un cliente—le indiqué.

Salimos de la tienda y dejé a Samanta en su casa. Entre unas cosas y otras se nos había pasado la tarde y Mateo llegaría en nada.

Eché un vistazo a nuestra casa y comprobé que habíamos hecho de ella nuestro particular nidito de amor. Allí se respiraba paz, pero, sobre todo, amor.

Mateo llegó y comenzamos a preparar la cena con musiquita de fondo y la mayor de las felicidades.

Me moría de ganas de estar ante él vestida de novia y de ver al soltero de oro del pueblo desposándome. A veces todavía me parecía un sueño.

Nos acostamos pronto, lo que no quiere decir que nos durmiéramos, pues hicimos el amor con la misma intensidad del primer día. Perderme entre las sábanas con Mateo era mi afición preferida y, a juzgar por su cara, también la suya. El siguiente sería el día más especial de nuestras vidas...

Al amanecer, comprobé que el día estaba espléndido y le di un besazo a Mateo.

¡Me tengo que ir volando! Tengo el tiempo controlado al milímetro...

¿Dónde vas con tanta prisa? Cualquiera diría que es que te casas hoy.

¿Te imaginas? —saqué mi lengua en plan burlón. ¡Sí, me casaba!

Pasé por Samanta y por Edurne, que eran mis damas de honor y se vestirían conmigo. Lo mejor era que ellas llevaban un vestido blanco con los complementos en rosa palo y Nico luciría un traje del mismo tono de rosa. ¡Él también actuaría como mi dama de honor! Y Esther, la hija de mi primo y Chloe, nos llevaría las arras.

¡Chicas! Os tengo preparado ya el desayuno—mi madre era un no parar.

No me entra nada, no me entra nada—señalaba Edurne a su garganta como si tuviera un nudo en ella.

Pero bueno, ¡a ti te voy a tener que espabilar yo! —reía mi madre—Te voy a preparar para el turismo, vaya...

La imagen no podía más divertida. Nos dispusimos a desayunar entre bromas y enseguida llegó la peluquera, que también era maquilladora. Con ella logré un dos en uno.

Despampanante, hija mía, despampanante—de los ojos de mi madre brotaban las lágrimas antes de salir de mi dormitorio.

¡Yo también quiero, yo también quiero! —saltaba Edurne cuando me vio salir de la casa, a las afueras de la cual ya me esperaba mi padrino, que no era otro que mi suegro.

Y es que mi suegra había sido muy generosa y había propuesto que, dado que yo no tenía padre, su marido actuara de padrino. Al mismo tiempo, ella cedería su papel de madrina a mi madre, que salió antes que nosotras.

Habíamos decidido no llegar en coche hasta la misma iglesia, sino parar un tramo antes y recorrer los últimos metros caminando. Eso me daría la oportunidad de saludar a todos los vecinos del pueblo, que se habían mostrado encantados con la boda.

¿Y creías que no iba a luchar por ver esta imagen? —noté cómo Mateo se estremecía conforme llegué a su altura.

Lo has hecho como un guerrero y me has demostrado todo lo que necesitaba—nos cogimos de la mano.

¡Hasta el cura nos dijo que formábamos una pareja de lo más bonita! Al salir, recibimos una manta de coloridos pétalos que anunciaban lo que tanta ilusión nos hacía: que ya éramos marido y mujer.

No nos pudimos reír más durante el informal reportaje de bodas en el que finalmente, tras hacernos un montón de fotografías solos, incluimos a todos los nuestros.

La más guapa de las damas de honor primero—Nico dio un culazo y sacó a Samanta y a Edurne.

Y la más anciana del grupo también—allí estaba Beth guapísima, con muchas ganas de marcha.

¡Cuidadín que la novia es mi hermana! —les espetó Samanta.

¿Tu hermana? Papeles, papeles, saca papeles—Nico no lo veía así.

¡El traje lo he hecho yo y también merezco un lugar protagonista! —soltó Kees, allí el que no corría volaba.

Pues la vecinita más chiquitina de la comunidad no se pierde las fotos—la peque de Drika estaba para darle un bocado. Ya volaba por el suelo, era un torbellino que en un momento dado se cayó, enroscada en mi vestido.

No faltaba ninguno de nuestros seres queridos. Mi madre y mis suegros estaban exultantes.

¡Melisa, Edwar! Venid también vosotros—les indiqué. Ellos eran más prudentes y también los quería en las fotos.

El novio de Edurne, que estaba súper encima de su chica, mi amigo Koen que venía con sus niños...Lo dicho estábamos de lo más a gusto.

Mateo y yo nos habíamos encargados de organizar juntos hasta el último detalle de nuestra boda.

La gente lo está pasando sensacional con el reportaje de fotos—me cogió la mano.

Pues luego tenemos el *photocall*, que eso sí que va a ser tremendo.

Eso ya va a ser el despiporre, ya verás...

Llegamos al convite y fuimos saludando uno a uno al resto de los invitados. Muchos eran vecinos del pueblo y otros tenían que ver con el mundo de la moda o con el de la inmobiliaria.

Contábamos con música en directo que corrió a cargo del ayuntamiento. Quisieron obsequiarnos así porque decían que Mateo y yo dábamos mucha vida con nuestros negocios.

Todo estaba saliendo a pedir de boca y ya estábamos deseando que la gente degustara el menú que habíamos elegido. La gente quedó encantada y el corte de la tarta fue un momento tan divertido como emotivo.

A media tarde quisimos tener un bonito gesto con el resto del pueblo y abrimos la barra libre para todos los vecinos que quisieran acercarse. El acogimiento fue multitudinario y todos nos dieron las gracias.

Están entusiasmados, Mateo—mi marido y yo bailábamos felices.

¿Ellos? Yo sí que estoy entusiasmado. Te voy a hacer la más feliz de las mortales.

Eso ya lo has hecho.

¿Cómo podía ser que aquel Mateo del que yo tanto había huido fuera ahora mi marido?

¡Hija mía, hija mía! —mi madre llegó hacia mí corriendo de tal forma que, antes de alcanzarme, tropezó y casi que me tira también.

¡Mamá! ¿Qué te pasa?

Esto me pasa—me enseñó su mano y en ella lucía un precioso anillo— Yani me acaba de pedir que me case con él.

¡Mamá! Empezamos las dos a saltar a la vez y las chicas acudieron y empezaron a dar gritos.

Bienvenido al club—Mateo le dio un abrazo al que iba a ser, ¿mi padrastro? Eso parecía.

Ay, Dios mío, ay, Dios mío—no paraba de repetir una emocionada Edurne.

Pues tú prepárate que, en menos de lo que canta un gallo, yo creo que te lo van a pedir también —miré a su novio y es que al chaval se le caía la baba con ella.

Ese día me desmayo en la tienda—decía toda emocionada.

¿Qué le pasa a tu madre? —me preguntó Drika.

Que le han pedido matrimonio, ¿qué te parece?

Sensacional.

Oye, ¿tú no bailas?

Es que estoy con la peque, que no me da tregua.

Samanta, ve haciendo prácticas anda, aguántale la niña un ratito.

Eso está hecho.

Pero si yo paso de bailar.

De eso nada, ¿ves a mi amigo Koen?

¿El del restaurante?

El mismo.

Pues ya lo estás sacando a bailar.

¡Qué corte!

¿Corte? —la cogí de la mano y la llevé hasta él.

¡A bailar los dos ahora mismo! Es una orden...

Hacen buena pareja—Samanta los miraba con la peque de la mano.

Muy buena, a ver si pinchamos un poco entre todos—le guiñé el ojo.

Menuda casamentera estás tú hecha.

La escena más entrañable del día nos la regalaron Beth y el abuelo paterno de Mateo, que estaba viudo y que hicieron muy buenas migas. Cuando quisimos darnos cuenta, estaban bailando y no paraban de sonreír.

¿Feliz, esposa mía?

Suena genial, repítelo, repítelo, que es música para mis oídos.

No sé cuántas horas pudimos bailar, pero al marcharse, todos confirmaban que había sido la boda más bonita que se recordaba en el lugar.

Hija, te veo en estos días. Disfruta al máximo de tu luna de miel.

Sí, mami y cuando vuelva ya tenemos la siguiente boda por preparar.

¿Te dije o no te dije que estaba vez sentaba la cabeza?

Es verdad, mami, parece que todos os pusisteis de acuerdo para hacerlo.

¿Para hacer qué? —me cogió Mateo por la cintura.

Para nada, para nada—me di la vuelta y lo besé.

No íbamos a volver al mismo tema de siempre. Él ya había dado sobradas muestras de que era un hombre de fiar.

Miramos a lo lejos y vimos a todos los invitados marchándose. El día más importante de nuestras vidas había terminado, pero comenzaba la más emocionante de las aventuras: nuestra vida en común.

Felices y relajados, Mateo y yo fuimos los últimos en salir del recinto cogidos de la mano. Decidimos volver a casa andando. Queríamos dar nuestro primer paseo de casados por el pueblo que había visto nacer y crecer nuestro amor.

¿No tienes la sensación de que no existe el tiempo? —le pregunté.

La tengo desde aquel primer beso que lo paralizó todo.

¿Me cogerás en brazos al llegar a casa?

Te cogeré en brazos todas las noches de mi vida si eso es lo que quieres, mi niña.

Tumbados en aquella cama, nos juramos amor eterno, tras lo cual me miró con intensos ojos de deseo, a lo que yo respondí: Mateo ¡Que te veo!